

Ilustracion Artística

AÑO XVI

BARCELONA 8 DE NOVIEMBRE DE 1897

NÚM. 828



¡HIJO MÍO DE MI ALMA!, cuadro de Herminia Lankota

SUMARIO

Texto.— *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego*, por José María Sbarbi. — *Transporte de una casa en San Francisco de California*. — *Perlas y bombones*, por Manuel Amor Meilán. — *El Favorito*, por P. Gómez Candela. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *Mi tío Juan*, novela (continuación). — **Grabados.** — *Hijo mío de mi alma*, cuadro de Herminia Lankota. — *Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego*. — *Transporte de una casa en San Francisco de California*. — *Islas Filipinas*. — *Arsenal de Cavite*. — *Capilla situada frente a la casa comandancia*. — *Orillas del río Pasig a la puesta del sol*. — *Un paisaje del barrio de San Pedrillo*. — *Puesto de castañas en París*, dibujo de S. Azpiazu. — *El valor*, estatua de José Alcoverro. — *Lirio del campo*, cuadro de Francisco Sans Castañón. — *Isia de Cuba*. — *Escolla de hombres de color del general Weyler*. — *El Renacimiento*, estatua en mármol de Héctor Ximenes. — *El avaro*, cuadro de Ernesto Zimmermann. — Los concertistas catalanes *J. Malats y Juan Manén*. — *Don Fernando Azevedo y Espinosa*, capitán de infantería. — *Alejandro Zaimis*, nuevo presidente del Consejo de ministros de Grecia. — *Motor de petróleo sistema Loyal*.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Adoración de Italia y de los italianos a sus grandes hombres. — Indiferencia nuestra por los españoles ilustres. — Causa de uno y otro sentimiento colectivo. — Centenario de Donizetti. — Recuerdos del gran lírico y homenajes a su genio. — Un español en Bérghamo celebrando el centenario. — Calzado. — Su discurso a Donizetti en italiano. — Causas de la maestría con que Calzado escribe la lengua italiana. — Reflexiones. — Conclusión.

Nunca me cansaré de admirar el culto que sienten a una los italianos por sus grandes hombres, ni de ofrecerlo como un ideal y como un ejemplo a mis compatriotas, indiferentes en esta materia, indiferencia punible, pues las naciones viven más por sus filósofos, por sus oradores, por sus artistas, que por sus materiales dominios y por sus bélicas grandezas. Mayor gloria debemos a las páginas de Cervantes que a los triunfos de Carlos V. En Italia no queda ni la más humilde aldea sin efigie y simulacro de los hijos que la esclarecieron e ilustraron por un apellido famoso. Todo el mundo sabe allí que no fueran Italia y el espíritu italiano, sin la unidad viva y perenne de su colonia neolatina. Sabiendo esto, sabe al par todo el mundo que fundó y fijó la italiana lengua en su epopeya medioeval el divino Dante. Pues una estatua tiene Dante, a quien devociones religiosas consagran sus compatriotas, en cada gran pueblo. Así por la eterna Roma, el Pincio se aparece como un Olimpo de las grandezas intelectuales italianas, pues cada grande hombre muerto, allí tiene su efigie, bajo solios de laureles y sobre pedestales parecidos a verdaderas aras, como las que puedan tener los santos en las iglesias cristianas, los dioses en las colinas helenas. Y estos simulacros forman coros de grandes personajes petrificados en mármol de Carrara, enseñando al pueblo su historia intelectual.

En España tenemos efigies de reyes por todas partes, aunque hayan sido estos reyes tan ignominiosos como Carlos IV y Fernando VII; imágenes de bienaventurados, aunque algunos recuerden fechas tan nefastas como la que recuerda Pedro Arbués en la Seo de Zaragoza e instituciones tan horribles como la Santa Inquisición; estatuas de prelados y de nobles, casi todas yacientes y muchas bellas, sobre sus tumbas aparatosas, entre altares y en capillas; no tenemos apenas estatuas que pudiéramos llamar laicas ó civiles, mostrando al pueblo en símbolos de bronce ó piedra su historia nacional. Y ¿cómo los italianos tienen tantas estatuas en sus calles y plazas públicas, mientras nosotros tan pocas? Porque Italia se constituyó durante siglos en Repúblicas municipales, que inspiradas y artistas, no solamente cultivaban las artes y las ciencias, conocían el valor de sus grandes hijos, mientras aquí, por el perdurable absolutismo de tres siglos, por la intolerancia religiosa, por la guerra perpetua, tenemos en los Palacios y en los templos estatuas de reyes, santos y generales; mas en las plazas no tenemos sino alguna que otra estatua moderna, erigida por el espíritu amplio y democrático de nuestra segunda edad, avivado en las libres generaciones contemporáneas. El número de centenarios laicos celebrados en Italia es indecible: centenario de Rafael en Urbino, de Rossini en Pesaro, de Miguel Angel en Florencia, de Tasso en Sorrento, de Donizetti en Bérghamo. A este último, celebrado por las postrimerías de septiembre, consagraremos unas sumarias reflexiones, pues lo merece la consideración de que la música del gran maestro y su genio lírico han alcanzado tanta devoción entre nosotros, que por lustros dominara nuestra escena con las capitales entre sus óperas maravillosas y meciera nuestros ensueños en las ondulaciones de sus melodías celestiales.

Yo no litigaré con la crítica de ningún modo sobre los deméritos y los defectos de Donizetti. Para tener demérito se necesita tener mérito, y entre las sobras duelen y apenas mucho las faltas. Rapsoda, ripioso, descuidado, plagario, vulgar, escaso muchas veces, todo esto no empuja a que haya escrito páginas eternas, de una melodía celeste, las cuales páginas, a pesar de lo muy pronto que las obras musicales envejecen y de lo muy móvil del gusto y de la moda en su aprecio, permanecerán, dado el género, entre las obras maestras de todos los tiempos y resonarán en el oído encantado de todas las generaciones. No puede uno menos que rezar con el Credo sublime de *Los Mártires*, a cuyos acentos el más chico teatro se transforma en la mayor Iglesia. No ve uno en sus viajes cruces de piedra junto a cenobios católicos, bajo sauces y entre cipreses, hablando aquéllos con sus ramas llorosas de la muerte y éstos con sus pirámides obscuras de la inmortalidad, sin que pueble tales poéticos espacios con los plañidos de la *Favorita*, donde parecen, animadas por una pasión vivificadora, las estatuas de los sepulcros y las estatuas de los portales monásticos entonando un canto elegíaco, cuyas notas repiten el eco de todos nuestros desengaños al par que el dolor de todos nuestros amores.

Donizetti, dramático y cómico, cual pudieran serlo Mozart y Rossini, gorjea, plañe, llora en romanzas que parecen ecos de mundos y cielos superiores, como se plañía de sus males y lloraba sus quejas el melodioso y plañidero por excelencia, el singular y divino Bellini. Evoco ahora mismo la despedida de la *Figlia del Regimiento* cantada por la inolvidable Alboni hace medio siglo ya, y lloro como un chico, como cualquier mozo enamorado y de corazón abierto a las emociones de una juventud entusiasta. Podéis alabar cuanto queráis las piezas concertantes modernas, y ninguna os hará olvidar el sexteto de *Lucia*, si tenéis oído en la cabeza y estética en el sentimiento. Hizo Víctor Hugo con *Lucrecia* su primer obra dramática, la que más interés despierta entre todas sus creaciones para el teatro, y con ella hizo Donizetti la primera ópera dramática del mundo. No tiene rival. Ninguna resucita como ella la Venecia del Renacimiento en aquel carnaval, cuyos coros hacen reír y alegrarse a los objetos inanimados; ninguna evoca en resonancias más trágicas aquellas siniestras familias atridas, medio pontificias, medio feudales, acompañadas de sus esbirros, de sus condottieros, de sus bravos, que daban entonces sus reinas y sus envenenadores al mundo, peleando entre coros de artistas que les presentaban por trofeos obras eternas, y muriendo en cualquier orgía del bebedizo que le habían escanciado en copas cinceladas por Ghiberto ó por Donatello; ninguna expresó el cariño filial como las estancias de su terceto, ni la muerte como los últimos estertores de Genaro y los últimos lamentos de su madre: obras todas del genio que coronara su *Lucia* con el aleteo de las almas enamoradas volando al cielo en busca de un amor sin celos, sin olvidos, sin eclipses y sin ocasos.

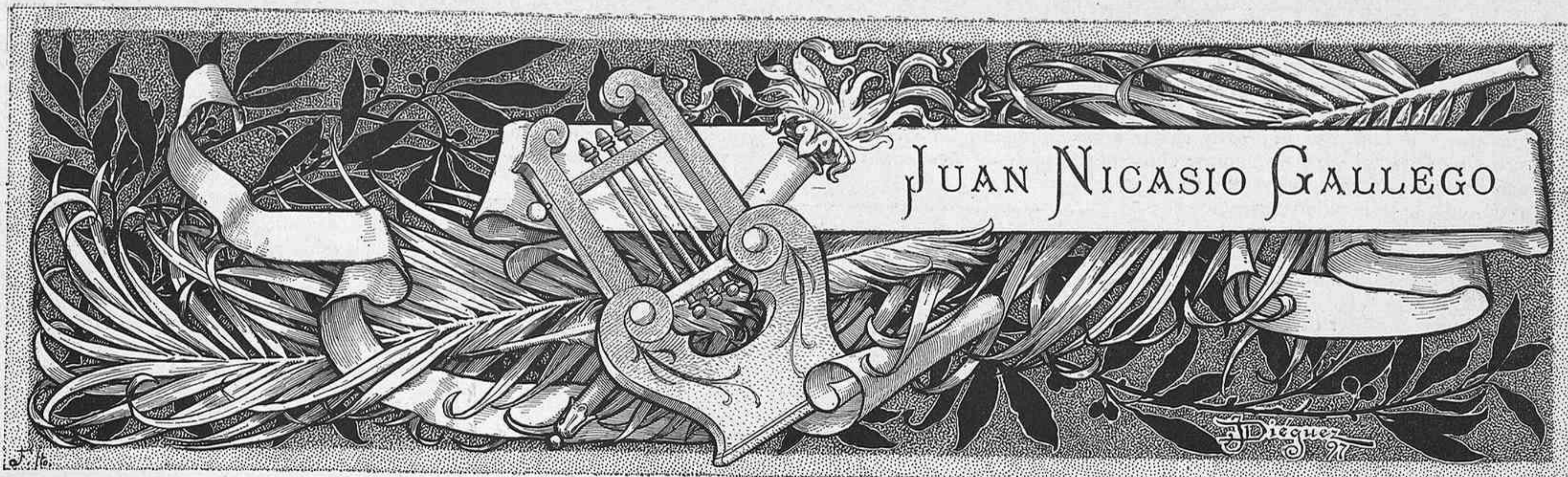
Hizo perfectamente Bérghamo al celebrar el centenario de su inmortal cantor, é hizo perfectamente nuestro compatriota y mi amigo Adolfo Calzado al asistir a este centenario. Y no es de maravillar y extrañar que un español artista como Calzado fuese a Bérghamo representando por su propio derecho la natural devoción española, mostrada desde sus primeras obras, a Donizetti, cantado aquí tanto por lo menos como en su propia patria. Lo extraño, lo extraordinario, lo singular, es que llevase un discurso escrito en loor de Donizetti, admirado por él con inagotable admiración, y que tal discurso estuviera en un italiano clásico propio de la Crusca. Mucho más difícil escribir que hablar cualquier lengua. Lo hablado se va en las vueltas y giros del aire; lo escrito queda siempre. *Verba volant; scripta manent*. Yo he hablado en los balcones del gobierno de Tours después que Gambetta; yo he hablado en la Sorbona de París junto a oradores como Julio Simón y Ernesto Larisse; yo he discutido en reuniones literarias y políticas, sin arredrarme, con Thiers y con Hugo: no escribo una línea, ni para dar los buenos días, en francés. Tradúzcanme todo lo mal que quieran mis traductores; yo tengo un horror invencible a escribir en lenguas extrañas a mi lengua patria. Pues Adolfo, que habla el castellano, a pesar de pasarse gran parte de la vida en París, como pueden hablarlo Arce ó Gamazo, escribe como un florentino su lengua italiana y la pronuncia como un romano, sin las guturaciones toscanas. Y es de admirar este discurso, no solamente por la ciencia y la conciencia con que se halla escrito, no solamente por la dialéctica serie de ideas profundas y por el enlace de sabios juicios que

contiene, no solamente por la unión de una crítica razonada y fría con un entusiasmo desordenado y caliente; por ser un trozo clásico de prosa italiana, presentado en homenaje a Italia, con un apologético de su inspirado maestro.

Bien es verdad que todo esto á maravilla se comprende y explica, dado el temperamento de Adolfo, con el que una educación felicísima se aduna, la cual verdaderamente lo completa y lo perfecciona. Banquero, negociante, bolsista, con una mirada certera para ver lo útil y lucrativo, de que yo careciera siempre, pues adolezco de una enfermedad que llamo yo el triste daltonismo de la utilidad, Adolfo es pensador, Adolfo es literato, Adolfo es político, Adolfo es artista, interesándole todo lo humano. Metido en intrincados negocios franceses por los tiempos del Imperio, los beneficios suyos se hallaban en la duración del emperador, y deseaba la República, tan impaciente por ella como un republicano cualquiera, siquier se llevara el diablo todos sus intereses. Y respecto de política española, con decir que ha sido siempre junto a mi persona, ingresando en el partido liberal a mi consejo, dicho está cuánto de romanticismo habrá puesto el calculador y expertísimo banquero en sus preferencias nacionales. Ama el bien por ser bien y le interesa la libertad por ser la libertad. Hijo, como todos saben, del mayor empresario, del más inteligente, del más afamado que tuviera la ópera italiana en París, creció entre aquellos cantantes y artistas cuyo mérito en su género se levantaba de suyo al mismo nivel que los méritos de sus grandes maestros, de Rossini, de Bellini, de Donizetti, de Verdi, como si Dios hubiese querido crear á un tiempo los grandes músicos dramáticos y sus inspirados intérpretes. No alcanzó los tiempos Adolfo de la Malibrán y de Rubini; pero alcanzó en sus mocedades otros, que acaso fueran más fecundos. Quien jamás oyera cantar á Herminia Frezzolini la canción del sauce, á Marieta Alboni la *Cenerentola* y su rondó final, á Ronconi la *Maria de Rohán*, á Mario el acto último de la *Favorita*, el Credo de *Los Mártires* á Tamberlik, la *Sonámbula* y *Los Puritanos* á la Patti, los últimos acentos á la Penco de *Lucrecia*, no ha oído cantar en este mundo. Entre todos ellos creció Adolfo, y este trato continuo le sugirió el idioma italiano de manera que ha podido hablarlo en Milán oratoriamente y escribirlo para Bérghamo como un verdadero maestro. Los italianos le han aplaudido mucho; no le tasemos nosotros plácemes y aplausos.

Calzado ha traducido en esta obra el párrafo de mi discurso dicho ante la izquierda liberal del Parlamento italiano el año setenta y cinco sobre las relaciones entre Italia y España. La traducción es magistral. Me complace tanto como la que hiciera del primer tomo de los *Recuerdos de Italia* el escritor clásico Fanfani, como la que hiciera el conspicuo escritor florentino Piccini del segundo tomo de esta misma obra, donde se halla el mencionado discurso. Es una verdad evidente que se identifican Italia y España, no sólo en las grandezas históricas, en las particularidades más nimias de ambas naciones y de sus respectivos ciudadanos. Cuando voy desde Barcelona, por ejemplo, á Génova, no me parece haber salido de mi patria. Si me paseo por el cementerio de Pisa, descubro recuerdos de naves y nombres de nautas que han cooperado desde tiempo inmemorial á nuestra reconquista. Si me acerco á Roma, la ciudad más cosmopolita, ¡cuánto recuerdo español! El Janículo lleno de monumentos hispanos; los palacios de Colonna y Doria, tan españoles como los viejos palacios de nuestros grandes; la plaza Navona, propiedad casi nuestra; San Pablo, á cuya construcción hemos cooperado con tal copia de tesoros; los edificios más bellos de Roma, el Farnesio y la Farnesina, evocan España de tal manera que creeríais llevarla impresa en vuestra retina, reproduciéndose por millares de imágenes, como el sol se reproduce y se multiplica en círculos varios á vuestros ojos cuando lo habéis mirado con fijeza mucho tiempo. Y no quiero hablar de Nápoles y de Sicilia, tan españoles, tan fundamentalmente españoles como Andalucía ó como Valencia. No digo esto á humo de pajas. Las naciones italiana y española están ya fundadas. La nacionalidad, independiente y libre, ha sido hechura y obra del siglo; nosotros la fundamos contra el emperador de Francia; los italianos contra el emperador de Austria. Estas naciones, libres é independientes hoy, formarán como afines el siglo futuro una confederación. Ya tenemos ahora España é Italia un motivo más de aproximación ¡ay!, nuestras respectivas desgracias.

Madrid, 30 de octubre de 1897.



EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO

Todo era grande en Gallego, desde los pies á la cabeza: humanidad y talento.

Varias son las fases que ostenta la vida de *don Juan Nicasio*, como comúnmente se le llamaba, y por las cuales podría ser estudiado. Nosotros, al trazar ahora el presente boceto de tan gran figura, nos ocuparemos promiscuamente en su aspecto social y literario, á fin de poder obtener siquiera un traslado lineal de uno de los más ilustres hijos que abrieron los ojos á la luz en la ciudad zamorana á principios del último tercio del siglo decimotercero.

Su fisonomía halagüeña y genio abierto y complaciente, conversación amena, instrucción vasta y comunicativa, y crítica templada, siquiera penetrante, le hicieron ser generalmente querido, buscado y consultado, convirtiéndose en *refugium peccatorum* de todo escritor novel, á quien servía de Mentor con sus consejos del mejor gusto literario y corrección poética y gramatical, y, lo que es mucho más, adelantándose en ocasiones á poner mano en algunas composiciones, retocándolas hasta el punto de transformarlas por completo, como, según pública voz y fama, se cuenta de la Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Refiérese que en cierta ocasión se llegó un escritor principiante á nuestro biografiado, pidiéndole audiencia para leerle unos versos y saber el concepto que éstos pudieran merecerle.

— Señor mío, le contestó, si he de decirle á usted mi parecer, le confieso que no los entiendo. ¿Qué ha querido significar en tal, tal y cual paraje?

— He querido decir tal, tal y cual cosa.

— Pues si lo quiso usted decir así, ¿por qué no lo dijo?

Por malos de sus pecados hubo de entregarse don Juan Nicasio en manos de la política, para la que indudablemente no había nacido; así llevó el pago, pues que no sirviendo para representar semejante comedia, ésta se tornó en tragedia para él, mediante las varias prisiones y persecuciones que le acarrearán. Y no tan sólo para él fué objeto de desventura, sino también para el Parnaso español, que contempla en el egregio vate zamorano una de sus más preciadas galas, dado que fué causa de que abandonara, á repetidos y largos intervalos, la trompa y la lira, instrumentos dos para cuyo manejo por conducto de la pluma le dotara el Cielo de raras y exquisitas cualidades. Bien es verdad, y no hay para qué callarlo, que su carácter era indolente por demás, y que su estro había menester de un estímulo que saliera de la órbita de lo común para llegar á exaltarse; verbi-gracia: la lucha heroica de un país por recabar su independencia.

Y así sucedió. A fines de 1806 ocupan 1.600 ingleses por sorpresa la ciudad de Buenos Aires; ¡hazaña propia de los que habían hecho otro tanto con la Perla del Océano en 1596! Defiéndose aquella á viva fuerza, y logra dejar incólume su nacionalidad, merced á heroico denuedo. Traída á Europa en alas de las brisas de los mares tan fausta nueva, manifiestan los españoles con públicos festejos su natural alegría, y en medio del popular aplauso se escucha una voz potente, eco fiel del sentimiento que palpita en los corazones todos. Aquella voz da el grito de guerra con atronadora valentía; describe con magnífica elocuencia el furor del combate, y celebra la victoria con patriótico orgullo; aquella voz mágica y solemne es la de D. Juan Nicasio Gallego, que retumbaba así, á vueltas de otras muchas imágenes, á cual más sublimes:

«Álzase en tanto, colosal matrona,
de una alta sierra en la fragosa cumbre
la América del Sur; vese cercada
de súbito esplendor, de viva lumbre,
y en noble ceño y majestad bañada.

No ya frívolas plumas,
sino bruñido yelmo rutilante,
orlan su rostro fiero;
al lado luce ponderoso escudo,
y en vez del hacha tosca, ó dardo rudo,
arde en su diestra refulgente acero.

La vista fija en la ciudad; y entonces
golpe terrible en el broquel sonante
da con el pomo, y al fragor de guerra
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra
y el ronco hervir de los volcanes calla.»



Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego

Tales versos, que colocaban á su autor á la altura de los mejores poetas de nuestro Parnaso, eran digno preludio de los que había de cantar dos años después con ocasión de la invasión francesa de nuestro territorio en el tristemente célebre día *Dos de Mayo*, y que, por harto conocidos, nos abstenemos de reproducir aquí. Pero sí se nos permitirá que traslademos el soneto que le dictó su cariñosa musa con motivo de la reconquista de Badajoz debida á nuestras armas, auxiliadas por las fuerzas del general inglés lord Wellington: al obrar así, manifestamos ser de todo punto ajenos á la parcialidad, puesto que tras de un acto (mejor dicho, dos) de piratería, citamos un rasgo de heroicidad. Dice así la composición aludida:

«A par del grito universal que llena
de gozo y gratitud la esfera hispana,
y del manso, y ya libre, Guadiana
al caudaloso Tamesis resuena:

Tu gloria ¡oh conde! á la región serena
de la inmortalidad sube, y ufana
se goza en ella la nación britana;
tiembla y se humilla el vándalo del Sena.

Sigue, y despierta el adormido polo
al golpe de tu espada; en la pelea
te envíe Marte y te corone Apolo;

Y si al triple pendón que al aire ondea
osa Aleto amagar, tu nombre solo
prenda de unión, como de triunfo, sea.»

No puede darse mayor espíritu de patriotismo en Gallego que el que se descubre en las composiciones á que acabamos de aludir; pero si todavía no pareciera bastante, venga en corroboración de nuestro aserto el relato del siguiente hecho.

En 1811 se suscitó en Cádiz una agria polémica, de carácter político-literario, entre D. Antonio de Capmany y D. Manuel José Quintana, de que se hizo eco la prensa en varios folletos lanzados por uno y otro contendiente. En uno de ellos retrata Capmany, de mano maestra cual solía hacerlo, á varios literatos eclesiásticos asistentes á la tertulia de Godoy, con negros colores; y como no faltase quien creyera que entre ellos se aludía á nuestro biografiado, faltóle tiempo á éste para escribir á Capmany en solicitud de que declarara públicamente la verdad, haciendo constar que no figuraba él en el número de las personas con tal motivo zaheridas. Hízolo así inmediatamente aquel ilustre cuanto probo catalán, quedando puesto en su lugar el buen nombre de Gallego, cuya conciencia y dignidad no le permitían asentar á los ruines manejos é indecentes arterías de aquel fatuo choricero (que tantas desventuras acarrearía á España, merced á un monarca memo y bragazas), y cuyo verdadero y sólido talento no le consentía alternar con tanto bajo adulator como hacía la corte al que se vendía por literato y protector de las *Letras patrias*, teniéndolas muy *gordas* en punto á Literatura, y que poseía tan sólo *letra menuda* para hacer, como hizo á las mil maravillas, muy bien su agosto á costa de los intereses y del buen nombre de nuestra nación. Gallego era, pues, lo que se llama un buen patriota, y á esta circunstancia debe España uno de los más gloriosos florones de la esmaltada corona poética que orla sus sienes; más claro: Gallego no formó nunca en la fila de los *afrancesados*.

No ha faltado quien pretendiera ver en algunas producciones del egregio vate que nos ocupa ciertas tendencias hacia la escuela del romanticismo, en lo cual se equivocan de medio á medio. A Gallego le sucedía lo que á todo hombre de talento: ecléctico, en el buen sentido de la palabra, toma, diligente abeja, lo bueno, dondequiera que lo encuentra; asimilásele, y discretamente elaborado, produce esos sabrosos panales que no pueden menos de satisfacer al paladar más exigente y antojadizo.

Última es, y grande, que el número de tales producciones no se haya elevado á un guarismo más crecido. Así y todo, basta y sobra con el que ha llegado á salir á la pública luz para hacer inmortal su nombre; por otra parte, ¿quién podría sumar el total de informes, consultas y otros escritos breves, en cuanto al tamaño, pero grandes tocante á su trascendencia, que produjera en el terreno de la Jurisprudencia, de la Instrucción pública, de la Política, y en fin, de los múltiples diversos cargos que desempeñó. Además, nadie ignora que el lenguaje indigesto del Digesto no es el que mejor se aviene con el lozano y ameno de la Poesía y de las Bellas Letras y Artes; así y todo, maravilla descubrir en él al traductor que galanamente interpreta en nuestra lengua á Manzoni, mediante su linda novela *I promessi sposi*, que traslada *Los novios*, y no *Los prometidos esposos*, como antes lo había hecho impropriamente entre nosotros Enciso Castrillón, y que vierte al habla de Castilla, mejorándola en tercio y quinto, la tragedia de Arnault intitulada *Oscar*.

Ni maravilla menos al contemplarle desempeñando modestamente el papel menos lucido y más ingrato de corrector de obras ajenas, de que certifica, entre varias otras, la ingeniosa sátira de Vargas Ponce *Proclama de un solterón*, quien puso á cargo de nuestro biografiado la corrección y reforma de dicho opúsculo al salir á luz por segunda vez, lo cual tuvo efecto en Valencia, año de 1830, y cuyas mejoras y atinados retoques sólo se pueden apreciar al hacer el cotejo con la primera edición, hecha en Madrid veintidós años antes, llevando su modestia hasta el

punto de atribuir al autor, su amigo, las correcciones en dicha nueva edición introducidas (1).

Semejante protectorado que nunca negó a quien se lo demandara de buena fe, impulsó a algunos a decir que «los que tienen la honra de visitar familiarmente a Gallego, habrán visto siempre cubierta su mesa de obras que juzgar, de verdaderos memoriales en que se le piden correcciones, de más mamotretos, en fin, muchos de personas desconocidas, que la mesa de un ministro. Esta voluntaria magistratura le ocupaba muchas horas al día; pero le producía el placer de contribuir a que desapareciesen los lunares que deslucían las obras de mérito que se le confiaban.» No cabe decir más en elogio suyo, siendo además semejante voluntaria cuanto ingrata ocupación una nueva disculpa para con aquellos que le tildan de no haber producido mayor número de obras originales.

Su espontáneo gracejo fué causa de que se le hayan atribuido multitud de cuentos y chistes de color más ó menos subido, impropios de su formalidad y estado eclesiástico; esto no es nuevo, pues sabido es que otro tanto se ha dicho en el particular con Quevedo, no ignorando ninguna persona sensata que es y ha sido moneda corriente en todo tiempo eso de cargar en cuenta a todo escritor agudo, donairoso y festivo el primer chiste que nos sale al encuentro y de cuyo autor no tenemos verdadero conocimiento. ¡Cuán cierto es aquel dicho de que en el día del Juicio por la tarde se sabrá á ciencia fija quiénes fueron los padres de ciertos hijos y los autores de ciertos libros!

Al propósito que acabamos de indicar, corre como muy válido entre la gente de letras la especie de que, discutiéndose en una de las juntas de la Academia Española acerca del valor de la letra *h* en nuestra lengua, y defendiendo D. Juan Nicasio la nulidad de dicha letra, para más esforzar su argumento, apeló al recurso de hacer ver lo malsonante que resultaría el pronunciar con guturalidad la palabra *cohonestar*. Si pasó ello así, permítasenos creer que fué una simple broma y nada más; pues ni á Gallego, ni al menor de los estudiantes de Poética le podía ser desconocido que muchos versos de nuestros primeros clásicos, de cualquiera provincia española, pertenecientes al habla de Castilla, no constan en manera alguna si no interviene la aspiración de dicha letra al recitarlos, á fin de evitar la sinéresis, como sucede, verbigracia, en aquella tan conocida oda de Fr. Luis de León, que empieza:

«Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la
ribera
Del Tajo, sin testigo.....»

Pronúnciese *laermosa* por *la-hermosa*, y tendremos diez sílabas en vez de once, requeridas para el caso presente. Porque no hay que confundir la guturalidad propia de la *h* con la que es peculiar de la *jota*, defecto en que incurre el pueblo iliterato de la generalidad de nuestras provincias, y con especialidad la andaluza, pero nunca las personas que recibieran una educación siquiera medio regular. ¡Pues no faltaba más sino que, después de tantas trabas como pesan sobre la versifica-

ción española, se la fuera á acabar de maniatar con esas y otras imposiciones!

Repito, pues, que sólo una broma inocente pudo mover á nuestro biografiado á formular semejante argumento, á cuya enunciación le autorizaba, por otra parte, la Academia misma, toda vez que el vocablo

«Viérase, á aquel gemido,
cual bella palma que derroca el rayo,
bajar envuelta en súbito desmayo
la triste madre al alfombrado suelo;»

por lo que me inclino á creer que debe de ser yerro del amanuense ó del cajista; pero, si así no fuera, conste desde ahora para siempre que ese y algún que otro pequeño lunar que pudiera haberse deslizado de su bien tajada péñola, no serían nunca parte para conseguir que se *derrueque* un renombre tan justamente adquirido como el que llegó á alcanzar el sujeto cuyo retrato acabamos de delinear.

JOSÉ MARÍA SBARBI



TRANSPORTE DE UNA CASA EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA.
Fachada lateral (de fotografía)

TRANSPORTE DE UNA CASA EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

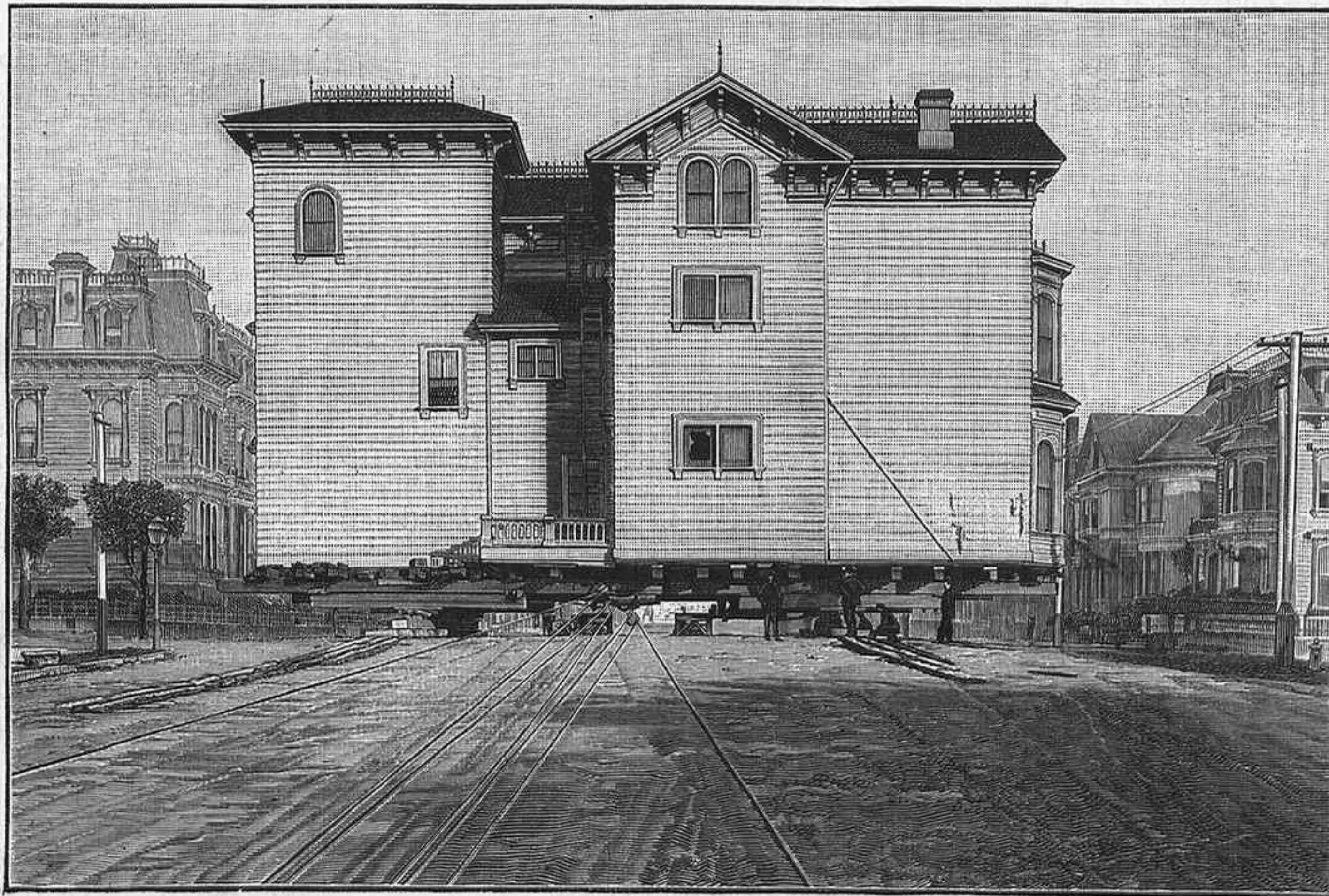
Esta operación que de cuando en cuando se realiza en las grandes ciudades no es algunas veces cosa tan difícil como á primera vista parece. Así, por ejemplo, en el caso del transporte del edificio que reproducen los dos grabados de esta página la casa es de madera toda ella, á excepción de la chimenea, que es de piedra. De todos modos no deja de ser una obra muy digna de atención, puesto que se trata de una casa de dos pisos y de 40 pies de ancho por 120 de largo, colocarla sobre un armatoste de vigas y rieles, y de este modo trasladarla á considerable distancia. El transporte duró varias semanas, porque, á fin de no interrumpir el tránsito de las calles, hubo de hacerse de noche: una de las mayores dificultades ha sido la de pasar por debajo de la inmensa red telefónica que cubre la ciudad; para salvarla iban detrás de la casa ambulante varios telefonistas que separaban los alambres del teléfono y volvían á juntarlos después de haber pasado el edificio.

PERLAS Y BOMBONES

A mi querido amigo el aplaudido poeta cómico Gonzalo Cantó

La orquesta, colocada bajo haces de brillantes luces encerradas en bombas de cristal opaco, lanzaba á los aires las alegres notas del vals de *Fausto*... Las máscaras poblaban el salón en abigarrada mezcolanza; en los palcos aristocráticas damas agitaban sus abanicos de plumas, recibiendo cada cual á su corte respectiva de admiradores y apasionados. En el aire cerníase un polvillo claro y denso que hacía ver, como á través de sutilísima gasa, luces, disfraces, giros y semblantes...

Confundida entre el tropel de máscaras que bullían en el salón, la hermosa Bertina, del brazo de un enmascarado, escuchaba abstraída las frases amorosas que éste deslizaba en sus oídos. Parecíale que aquella voz, que aquel acento no le era desconocido... A través del falsete que á aquella procuraba dar el enmascarado, Bertina creía advertir inflexiones de ella conocidas, tonos que le eran casi familiares... Hacía tiem-

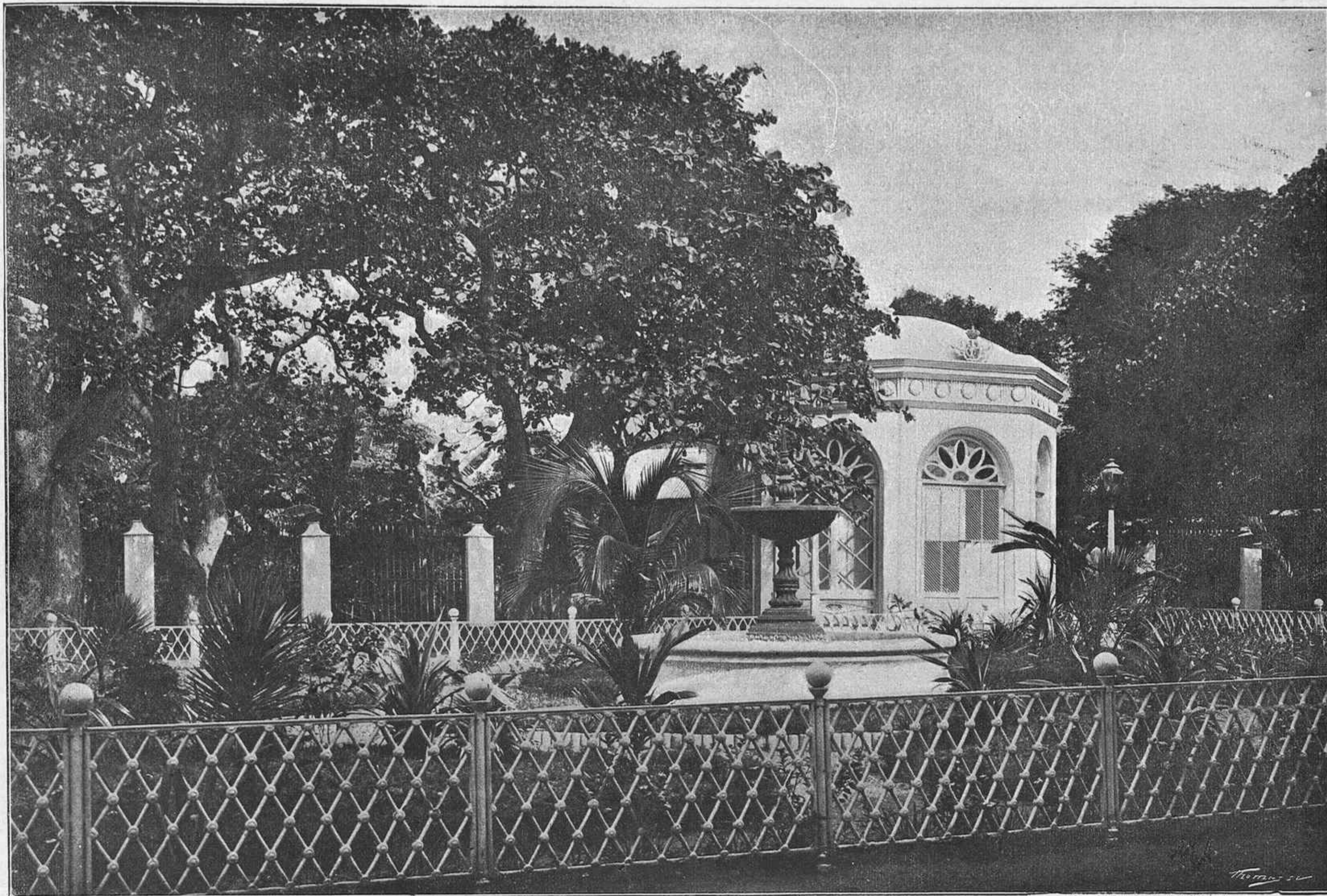


TRANSPORTE DE UNA CASA EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA. - Fachada posterior (de fotografía)

ros, ora de pega, que, avaros de su caudal, á nadie se lo comunican; quitapesares de las tertulias, mediante su conversación variada y deleitable; crítico profundamente razonador, y aun cuando contundente en ocasiones, pero siempre de buena ley; y por último, maestro en el Arte de bien decir, así como en el de decir bien, dudo mucho que saliese de su pluma empleado como regular el verbo *derrocar*, que leo en letras de molde en aquel pasaje de su *Elegía á la muerte del Duque de Fernandina*, donde se dice:

po que los había escuchado ya, y esta circunstancia abstraíale más aún y hacía que la sonrisa y la alegría que se reflejaban en el rostro de la encantadora Bertina fuéranse disipando poco á poco para dejar plaza á la meditación y al recogimiento. Buscaba en su memoria, recordaba, inquiría, retrotraía su pensamiento á otros días relativamente lejanos, para buscar en sus recuerdos aquella voz, aquellas inflexiones. Era una voz firme á ratos, á ratos temblorosa, pero siempre fresca, bien timbrada, juvenil... Repasando mental-

(1) Según Salvá, «esta composición poética se publicó en Madrid, 1808, sin nombre de autor y con las iniciales D. R. A.» El citado bibliógrafo apunta, en el número 1026 del *Catálogo* de su selecta Biblioteca, otra edición, hecha en Marsella, Camoin, 1827, 8.º marquilla, que no he tenido ocasión de ver. De lo expuesto se deduce que la edición que publicó D. Juan Nicasio Gallego no puede ser la segunda, como reza la portada, sino tercera, cuando menos.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

ISLAS FILIPINAS. - ARSENAL DE CAVITE. CAPILLA SITUADA FRENTE Á LA CASA COMANDANCIA



Propiedad de M. Arias Rodriguez

ISLAS FILIPINAS. - ORILLAS DEL RÍO PASIG Á LA PUESTA DEL SOL. UN PAISAJE DEL BARRIO DE SAN PEDRILLO

mente la lista de sus antiguos adoradores, pareciale que entre ellos uno tenía en el acento inflexiones análogas, los mismos dejos amargos... ¿Sería el enmascarado aquel Valentín de otros tiempos á quien ella desdenara porque le acusaba de inconstante y desleal?

Detuviéronse un instante en el centro del salón, porque los pies de Bertina resistíanse á seguir adelante. El debía ser, no tenía duda de ello. Fué al principio un vago recuerdo, después presunción probable, luego se fué afirmando en aquella idea, y la misma constancia de su pensamiento acabó por hacerle parecer indiscutible y fuera de toda duda la primera idea.

Sí, Valentín era; no tenía duda de ello.

Y ya en esta seguridad, comenzó Bertina á reprocharle su pasada conducta y á afearle en rostro sus infidelidades y sus deslealtades.

Poco á poco fué subiendo de tono el diálogo, por parte de ella sobre todo. Pensar que el hombre en cuyo brazo se apoyaba era aquel mismo Valentín de otros tiempos; que aquel hombre desdenado y arrojado de su lado era el mismo que ahora se acercara á ella cobardemente, valiéndose de la impunidad que le prestaba la careta de raso; esto encendía su sangre y ponía en su acento tonos de indignación sólo comparables á los que encontrara en su voz aquella noche en que se habían despedido para siempre.

— Amargas son tus palabras, Bertina, dijo la máscara; y sin embargo...

— ¿Qué vas á decir?

— Nada; que no me conoces cuando así me hablas, esto en primer lugar, y en segundo, que tengo la seguridad de que has de cambiar de tono cuando me conozcas tal y como efectivamente soy.

— Demasiado te conozco, Valentín, aunque sólo sea por el tiempo malgastado en dar oídos á tus pretensiones amorosas.

— Sentémonos y hablemos con calma, Bertina; la pasión es mala consejera.

— Esas son calumnias que hacéis correr los que tenéis algo que echaros en cara. Llamáis pasión á lo que no es sino sinceridad.

— Sentémonos, te digo, y hablemos con calma.

— ¿De qué? ¿Del pasado?

— No; del porvenir.

— ¿Y qué tienes tú que ver con mi porvenir?

— Nada por ahora. Mañana... ¿quién sabe?

Sentóse la joven pareja en amplio diván. El enmascarado presentó á Bertina una bolsita de raso blanco cuyo bordado en oro era una verdadera y artística filigrana.

— ¿Qué es esto?, preguntó Bertina.

— Bombones.

— ¿Zalamero te has vuelto?

— Quiero endulzar tus amarguras; esto es todo.

— Más valiera que no me las hubieras proporcionado, Valentín.

— Primero toma un bombón, después veremos cuál es la existencia más acibarada; si la tuya ó la de ese á quien llamas Valentín.

Bertina obedeció después de resistirse un poco. Tomó en sus enguantados dedos uno de los confites, y llevándolo á su menuda boca, lo apretó entre sus menudos dientes, logrando trincarlos no sin algún esfuerzo.

Pero con gran sorpresa suya advirtió Bertina que

en el centro del confite tropezaron sus dientes con un cuerpo extraño, duro y frío.

Quiso escupirlo, pero deseó antes convencerse de lo que era aquello, y lo arrojó en su mano, calzada con fino y blanco guante.

Era una perla.

— ¿Qué clase de bombones son estos, Valentín?

tuna, juventud, vida..., tómalos todo si quieres. Es la última prueba que puedo darte de mi afecto. Si lo rechazas, nada me quedará; ni una ilusión, ni una esperanza...

— ¡Calla!

— Pues contesta.

— Dame otro bombón.

— ¿Te has vuelto golosa?

— Me he vuelto convencida.

— Pues toma bombones.

— Trae. Me tomaré los confites y guardaré las perlas. Quiero hacer con ellas mi collar de desposada.

M. AMOR MEILÁN

EL FAVORITO

En lo más pintoresco de la campiña de Sevilla, donde es más florido el suelo y más plateado el Guadalquivir, muy cerca de Tablada y no muy lejos de la capital, existe una pequeña aldea que si mal no recuerdo se llama Guadalcázar.

Un solo ministro del Señor, sacerdote ejemplar y venerable, de edad mediana, delgado y alto, discreto y entendido, regenta la escasa filigrasía de la aldea desde hace muchos años.

Una tarde, no bien había concluido de cenar el padre Juan, que así se llamaba el cura, se presentó á la puerta de la casa gallardo mozo triston y malhumorado.

Harto debía saber el padre quién era el visitante, porque la sobrina del sacerdote, guiando al que llegaba por entre las macetas que había en el zaguán, condujo en el acto á la presencia de su tío al recién llegado.

Solos ya, los dos hombres entablaron este ó parecido diálogo:

— Ya sabéis, padre, decía el seglar, que llevo cerca de dos años de casado y que no he sido malo en ese tiempo. Las faenas de mi ocupación me obligan á pasar en el campo muchos días; ningún vaquero conoce como yo la dehesa donde entré de zagalón para salir de ganadero; ¡pero soy tan desgraciado, Sr. Juan!

Y luego añadió en voz más baja:

— En tanto que yo aguantó, cuidando de mi hacienda, un sol que me ennegrece y que me tuesta, mi mujer, la Paquillita...

El cura no le dejó acabar la frase, y con sincero acento de convicción le dijo:

— Tu mujer te quiere y es honrada.

— Así lo creo; que á no haberlo creído, de seguro la hubiera matado.

Hubo una breve pausa y el ganadero continuó hablando:

— Sin embargo, de pocos días á esta parte dudas y recelos principian á asaltarme. ¿Por qué sus ojos negros no brillan como antes? ¿Por qué á su cariñosa solicitud de otro tiempo parece que siguen ahora el hastío y el cansancio? ¿Por qué no ríe, por qué se niega á ir á la feria y por qué no quiere ver correr estas Pascuas nuestro toro preferido que se lidia en la plaza de Sevilla? Aquí hay algo, Sr. Juan, que yo no sé explicarme y que me hace sospechar.

— No seas tonto, hijo mío, dijo el cura, la misma pasión que tienes por tu mujer te ciega.

Y como viera aún vacilar al ganadero, agregó mirándole fijamente:

— Sobre todo, ¿tienes más que hacer una prueba?

— Ya sabe vuestra merced que siempre le obedecí; mandad.



UN PUESTO DE CASTAÑAS EN PARÍS, dibujo de S. Azpiroz

— Ya lo ves. Demasiado pobres para ti. Bombones disfrazados. Para algo estamos en días de Carnaval.

— Pero eso es un derroche fabuloso.

— Es posible. Pero no lo creo yo así.

— ¿Tan rico eres? Luego no eres Valentín. Para derrochar de esa manera es preciso ser un rajah indio...

— Pero si es que no derrocho. Porque para ti sola fueron hechos estos bombones. Toma otro, Bertina.

— No en verdad. No seré yo quien tal haga.

— Los arrojaré entonces.

— ¿Tirar una fortuna?

— ¿Y para qué la quiero? Para la mujer que ha de ser mi esposa están fabricados. Para mi futura el confite; para mi esposa las perlas. Devora hoy los primeros y recoge las segundas. Con ellas ha de hacerse para mi esposa el collar de desposada.

— Pero ¿eres Valentín?

— El mismo soy, dijo el enmascarado alzando el antifaz. He querido demostrarte de un modo práctico cuánto es mi amor; no me lo creas si no quieres creerlo. Cuanto soy, cuanto tengo, todo es tuyo. For-

— Tenéis un niño, rubio como rayos de sol y blanco como los copos de la nieve, adoráis en él y yo os absuelvo de esta idolatría; nuevo lazo de unión entre vosotros es este angelito que el cielo os envió; pues bien, ¿por qué no tomarle por testigo de vuestra dicha ó de vuestra desventura?

El sacerdote clavó su penetrante mirada en el que le escuchaba, y continuó al tiempo que hacía una reserva *in mente* para no pecar.

— Vete á casa, haz la vida ordinaria, festeja á tu mujer como hasta aquí lo hiciste, y cuando más confiada esté de que nada sospechas, dile que jure por su hijo si es buena y que no te miente al confesarte la causa del pesar que nubla su frente.

— Así lo haré, respondió el ganadero, que poco después salía de casa del cura.

Este, antes de empezar á rezar el rosario, murmuró entre dientes un «Veremos,» que pasó inadvertido para su sobrina y la criada.

No transcurrieron cinco días, cuando volvió el ganadero á casa del sacerdote y se celebró una nueva conferencia entre ambos.

El joven volvía contento y alegre, y al notarlo el padre, éste sonrió, al tiempo que aquél decía:

— ¿Sabéis Sr. Juan, que mis celos no tenían fundamento?

«Ya lo sospechaba yo,» pensó el cura para su sotana.

puñadillos de sal y el bicho le lamía las manos como queriendo besárselas. Pero qué quiere su mercé, necesitaba dinero y me pagaban tan bien el animalejo... ¡Es tan bonito!

Tras nueva pausa añadió:

— Pero no hay cuidado, no le vendo. Lo único que siento es no poder cambiarle el nombre; más que *Zalamero*, desde ahora será nuestro *Favorito*.

Y echándose á reír, dijo con la misma locuacidad con que había empezado su explicación:

— Ya ve su paternidad, he tenido celos de un toro!

El cura, comprendiendo que aquella salida no era tan incoherente como parecía, dijo en tono grave y sentencioso:

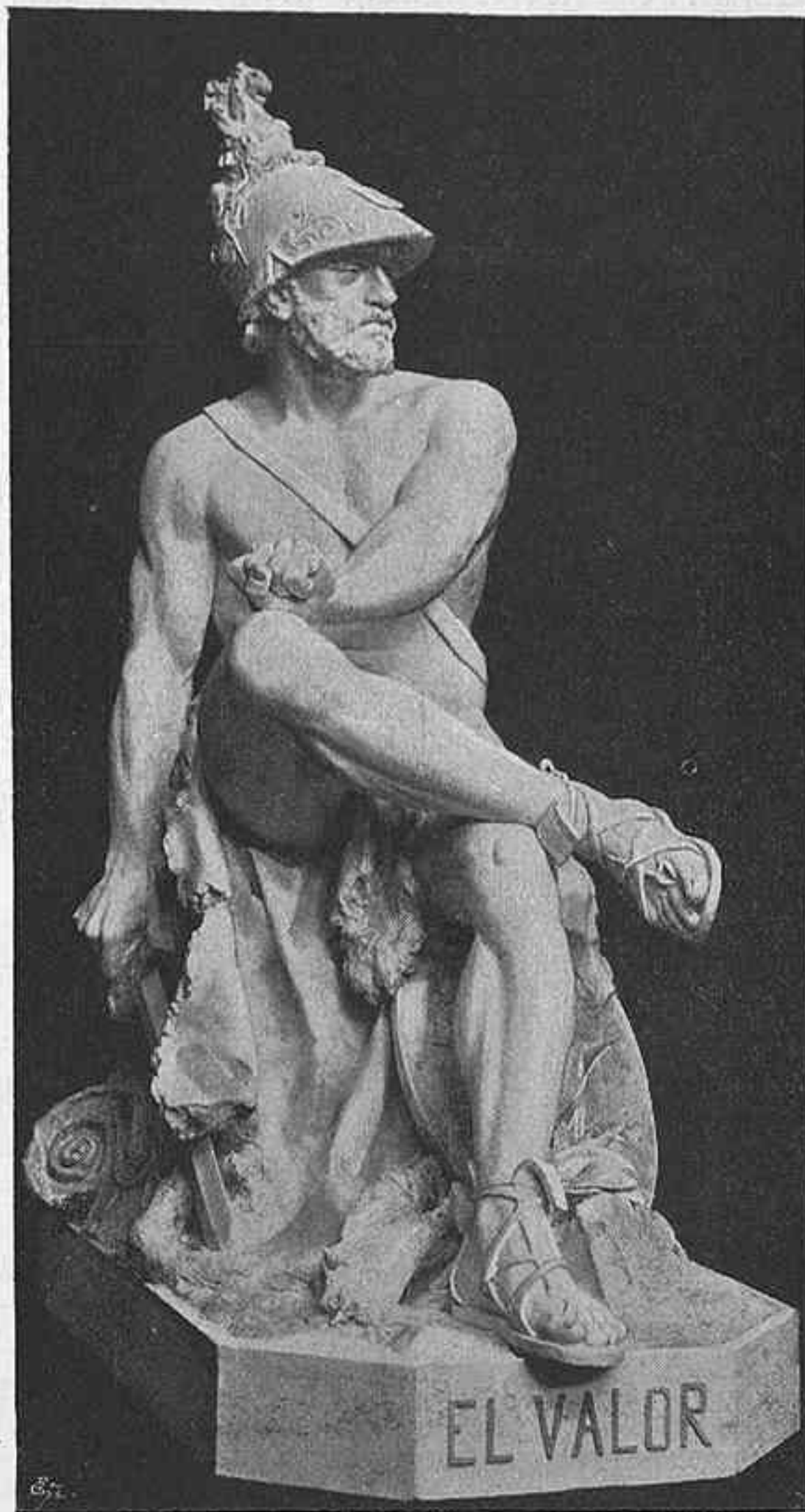
— Puedes estar satisfecho y seguro. Una mujer podrá jurar en falso por su vida á riesgo de perderla; podrá jurar en vano por el nombre de Dios en la seguridad de condenarse; pero una madre no jura nunca falsamente en nombre de sus hijos.

Levantóse el cura de

su sillón de cuero, y puso fin á la entrevista con estas palabras:

— Pero no vendas nunca el *Zalamero*, aunque tengas que hipotecar toda la ganadería.

P. GÓMEZ CANDELA



EL VALOR, estatua de José Alcoverro



LIRIO DEL CAMPO, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón Parés)

— Paquilla juró y me explicó casi todo; el resto lo he adivinado yo mismo... Ya no se lidia nuestro *Zalamero*, ya no le matan. Ya ve su mercé; mi mujer le debía la vida, porque una vez contuvo á otros toros que se le arrancaban; ella le había visto crecer poquito á poco, y siempre que iba á la dehesa le daba

su sillón de cuero, y puso fin á la entrevista con estas palabras:

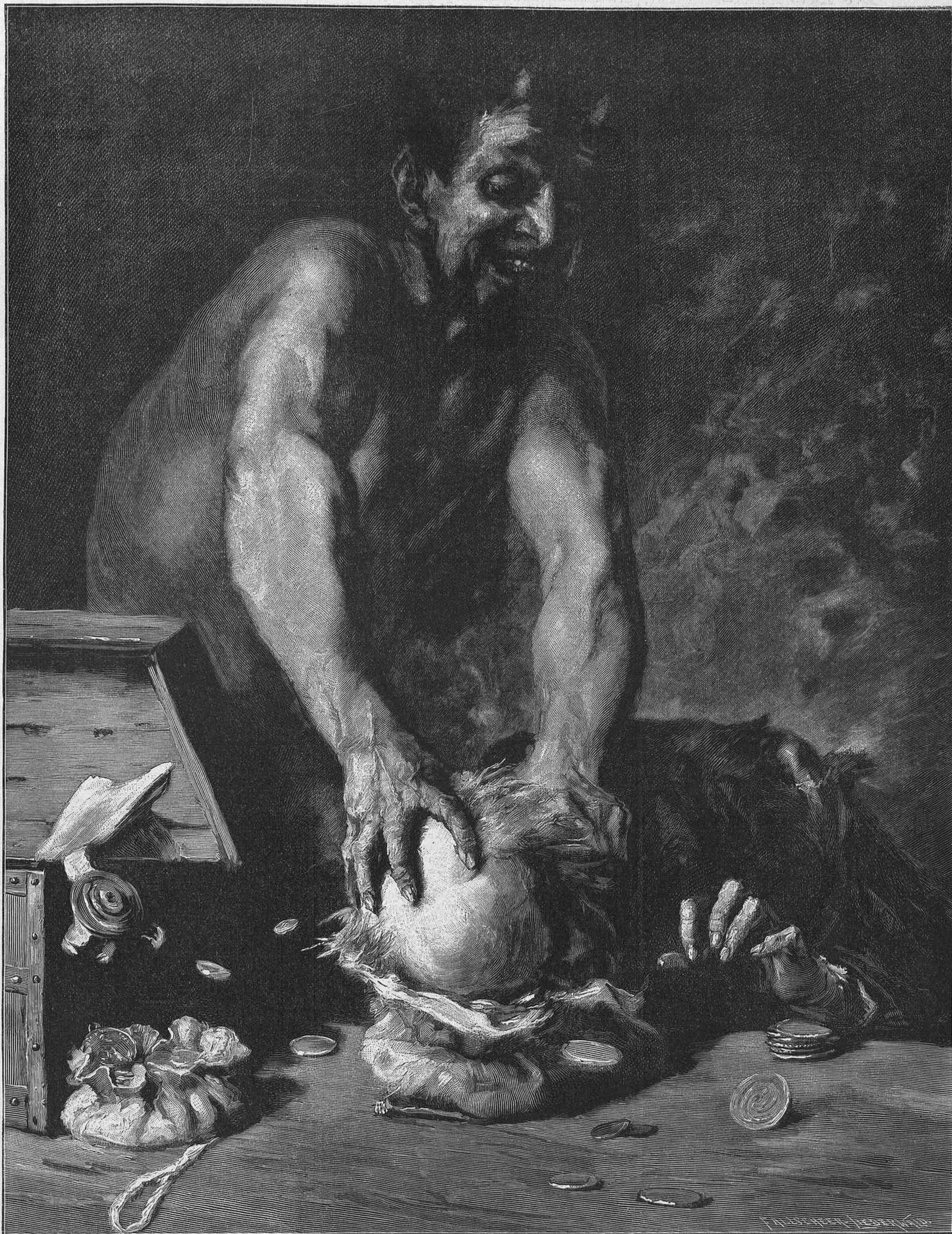
— Pero no vendas nunca el *Zalamero*, aunque tengas que hipotecar toda la ganadería.



ISLA DE CUBA. — ESCOLTA DE HOMBRES DE COLOR DEL GENERAL WEYLER (de fotografía de los Sres. Otero y Colomiras, de la Habana)



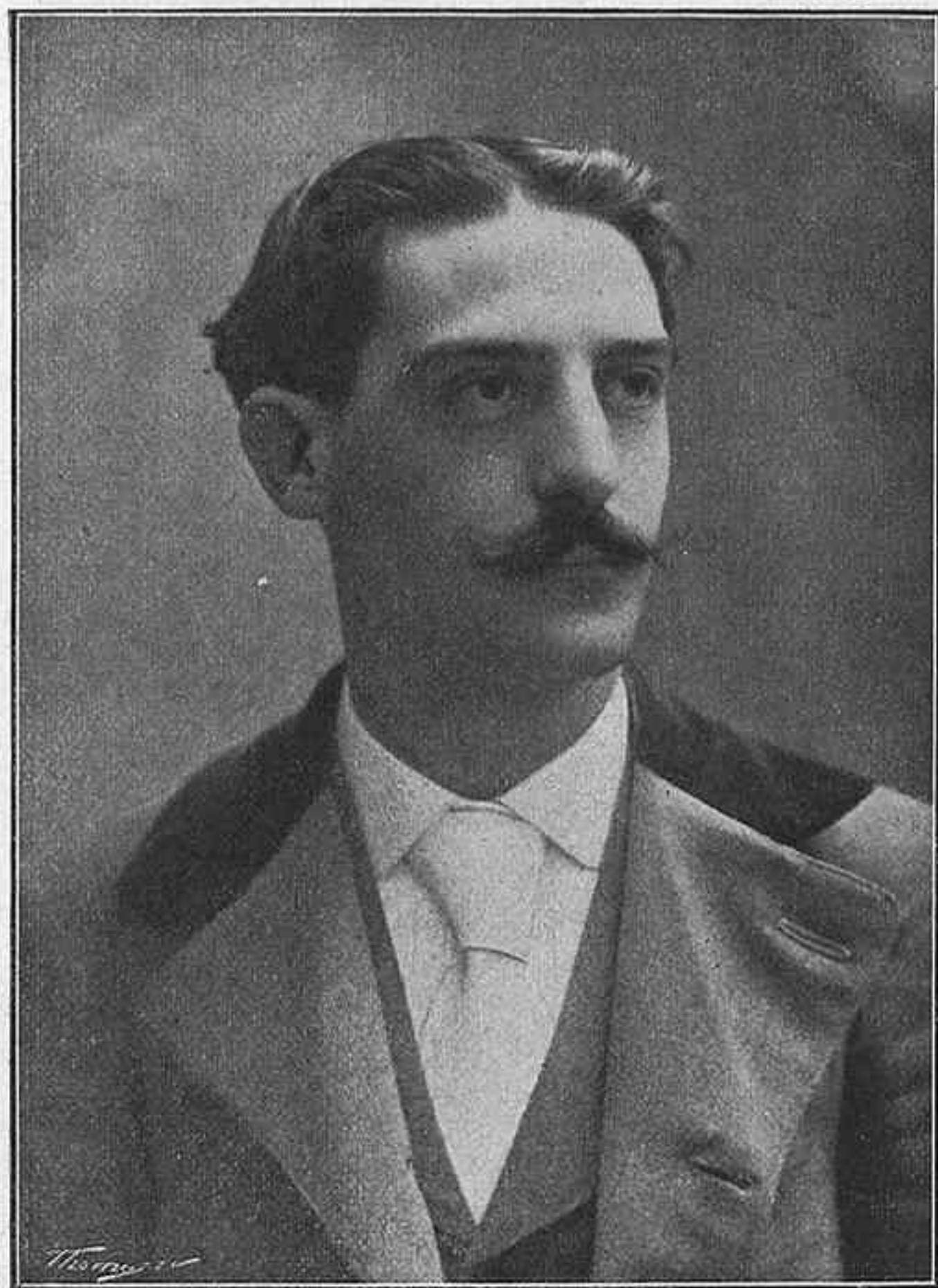
EL RENACIMIENTO, estatua en mármol de Héctor Ximenes



EL AVARO, cuadro de Ernesto Zimmermann (de fotografía de F. Hanfstaengl, de Munich)

NUESTROS GRABADOS

El concertista catalán J. Malats.—Forma parte el concertista Sr. Malats de esa agrupación de juveniles inteligencias que tantas glorias alcanzan y que tanto honran á las artes de nuestro país. Pocos como él han sabido aprovechar tan cum-



EL CONCERTISTA CATALÁN J. MALATS

plidamente la modesta pensión que le concedió el Ayuntamiento de nuestra ciudad para perfeccionar sus estudios en el Conservatorio de París, y pocos como él han logrado singularizarse en aquel centro, conquistando tan honrosas distinciones.

Recientemente tributó el público barcelonés calurosa y merecida ovación en el teatro Lírico. Todos pudieron apreciar los excepcionales méritos de tan distinguido concertista, para quien no guardan secretos las magistrales composiciones de los Bizet, Liszt, Mendelssohn, Schumann, etc. Los dedos arrancan del piano inesperadas y maravillosas armonías, revelando siempre un gusto irreprochable y un temperamento de artista genial.

El nombre de Malats significa ya una gloria, que podemos presentar frente á aquellas que ha consagrado el mundo del arte.



D. FERNANDO ACEVEDO Y ESPINOSA, capitán de infantería que se ha portado brillantemente en las campañas de Cuba y Filipinas (de fotografía de F. Laureano)

D. Fernando Acevedo y Espinosa, capitán de infantería.—Este valeroso militar nació en Filipinas en 1861, siendo hijo de padres españoles. Hizo sus primeros estudios en el colegio de los Jesuitas de Manila, é ingresado luego en la Academia de infantería de aquella capital, salió de ella tres años después con el empleo de alférez. En 1885 vino á España, donde se dió á conocer como ilustrado escritor de asuntos militares y científicos, estudió en Melilla el árabe, en Madrid aprendió el grabado y en Toledo la tipografía, y fué profesor del colegio de huérfanos de infantería. Cuando la incalificable agresión de los rifeños, fué voluntario á Melilla, y al estallar la insurrección cubana pasó á la Grande Antilla en calidad de tal. De su comportamiento en la guerra allí sostenida son elo-

cuente y brillante prueba las dos heridas recibidas en refidas luchas, las siete cruces de que se encuentra en posesión, tres de ellas de María Cristina, los setenta y un encuentros y treinta y un combates formales á que asistió y el empleo de capitán que alcanzó por votación unánime después del combate de Palmarito, donde, según el concepto textual del parte de la acción, demostró gran desprendimiento de su vida en defensa de la patria. Hoy, ganoso de nuevos laureles, este bizarro oficial se encuentra en la campaña de Filipinas adonde fué en calidad de voluntario. A sus cualidades y servicios militares y á su modestia, añade especial cultura literaria, es orador elocuente, buen dibujante y maneja el pincel como la espada.

El joven concertista catalán Juan Manén.—

Agradabilísima sorpresa y honda satisfacción fueron las impresiones que produjo el joven concertista D. Juan Manén en aquellos que concurrieron al notable concierto ejecutado en el teatro Lírico de esta ciudad. Y no cabía otro sentimiento dada la edad del artista, pues apenas cuenta quince años, y la extraordinaria maestría y exquisito gusto con que ejecutó en el violín las piezas que figuraban en el programa, entre ellas dos de su composición, viéndose obligado á añadir algunas otras para acallar los aplausos del público.

El joven Manén constituye ya otra gloria española, puesto que su reputación artística hállase cimentada por los triunfos que ha alcanzado en las principales ciudades de América, que ha recorrido desde la temprana edad de siete años. De ahí que pueda casi afirmarse que Manén ha debido formarse por su propio esfuerzo, ya que no ha podido recibir las sosegadas enseñanzas del Conservatorio, viéndose obligado á tener iniciativas para presentarse como concertista.

Aunque modesto, enviámosle nuestro sentido aplauso, augurándole un lisonjero porvenir.

¡Hijo mío de mi alma, cuadro de Herminia Lankota.— Bien se conoce que es una mujer quien ha pintado este bellísimo lienzo; y aun casi nos atreveríamos á afirmar que es madre: sólo así se comprende que haya sabido interpretar con tanta delicadeza el amor maternal, el más puro de los sentimientos que á los seres mortales puede consagrarse. Difícil, si no imposible, habría de ser á quien tal afecto no hubiese experimentado, exteriorizarlo de una manera tan real y en forma tan ideal en medio de su realismo. Esos dos preciosos bustos, magistralmente trazados, que se abrazan y confunden en apasionado abrazo, reflejan dos corazones no menos estrechamente unidos; hay en ellos algo superior á la materia; el alma se asoma por entero á esos rostros en cuya expresión se adivina la mano de un artista que siente y ejecuta como los grandes maestros.

Islas Filipinas.— En el número 825 publicamos una vista así como la descripción del arsenal de Cavite: hoy completamos la primera con la de la capilla situada frente á la Casa Comandancia de marina, construcción sencilla cuanto elegante, rodeada de lozana vegetación y á la cual concurren el Comandante general del arsenal, sus ayudantes, jefes y oficiales, así como los individuos que constituyen la fuerza de guardias de arsenales, en los días festivos, para asistir al santo sacrificio de la misa.

En el segundo grabado referente á Filipinas son de notar esas pintorescas casitas de construcción ligerísima, como formadas que están de caña y nipa, y aun cuando no faltan algunas de piedra y teja ó con techumbre de hierro, puede decirse que son las menos.

Un puesto de castañas en París, dibujo de Salvador Azpiazu.— Con la llegada del otoño llegan también las castañas y por consiguiente las castañeras que con sus puestos invaden las esquinas de las calles de las ciudades populosas; mas en la capital de Francia son las segundas sustituidas por castañeros, en su mayoría italianos, con lo cual pierden los franceses, que no pueden tener idea de lo que es una castañera española, y sobre todo andaluza ó madrileña. Situada aquélla por lo general en las inmediaciones de los estanques, donde instalan sus grandes calderas, ofrecen su tostada mercancía á todo transeunte, no siendo raro ver que á la par de la donosa modistilla compre algún atildado caballero algunos seldos de castañas con las que calienta el estómago en los fríos días del invierno mientras se encamina á sus ocupaciones.

El valor, estatua de José Alcoverro (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897).— Varias veces hemos dado á conocer á nuestros lectores obras de este distinguido escultor, y esta circunstancia nos sirve hoy de excusa para no consignar noticia alguna respecto de su vida artística, limitándonos á llamar la atención acerca de la hermosa estatua que reproducimos, alegórica representación del valor, tan gallardamente concebida como pulcramente modelada. En ella demuestra el escultor catalán que procura inspirarse en las producciones del gran arte, rehuendo las minucias y efectismos, tan empleados en esta época por aquellos que se dejan arrastrar por peligrosas é injustificadas corrientes.

El lirio del campo, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón Parés).— Delicado y sentido es el concepto que entraña la simpática producción del Sr. Sans Castaño, quien ha logrado armonizar la simbólica representación de la pureza con la realidad, sin incurrir en las exageraciones ultramodernistas ni en los senderos del naturalismo. Quizás es un tanto idealista; pero, aun así, la preferimos, puesto que se ajusta por completo al sentimiento y expresa la cualidad que tanto enaltece á la mujer, la pureza, por medio de una hermosa juventud rodeada de blancos lirios.

Plácemes merece el joven artista catalán y nosotros no se los escaseamos, con mayor motivo cuanto que estimamos el lienzo á que nos referimos como una de sus composiciones más recomendables.

Isla de Cuba.—Escolta de hombres de color del general Weyler.—Formada esta escolta de hombres de color, voluntarios, animosos y adictos á la causa española,

mandábala el ayudante de dicho general D. Francisco Merry, y tuvo la honra de ser la fiel guardadora del marqués de Tenerife en todas las operaciones emprendidas en Pinar del Río, Habana, Matanzas y las Villas. Tan penetrados estaban estos corpulentos y leales hombres de lo honroso de su cometido, tan resueltos á cumplir con él, que el día en que se les notificó la disolución de la escolta que componían, dejaron su puesto tristes y abatidos, despidiéndose muchos, á pesar de su entereza, con los ojos llenos de lágrimas.

El Renacimiento, escultura en mármol de Héctor Ximenes.— No necesita esta escultura explicación ni elogios; cuantos tienen nociones de la historia del arte, conocen de sobra aquella época que lleva el nombre de Renaci-



EL CONCERTISTA CATALÁN JUAN MANÉN

miento que comenzó en el siglo XV y cuyas consecuencias déjense sentir aún en nuestros días. Y sabiendo el entusias-

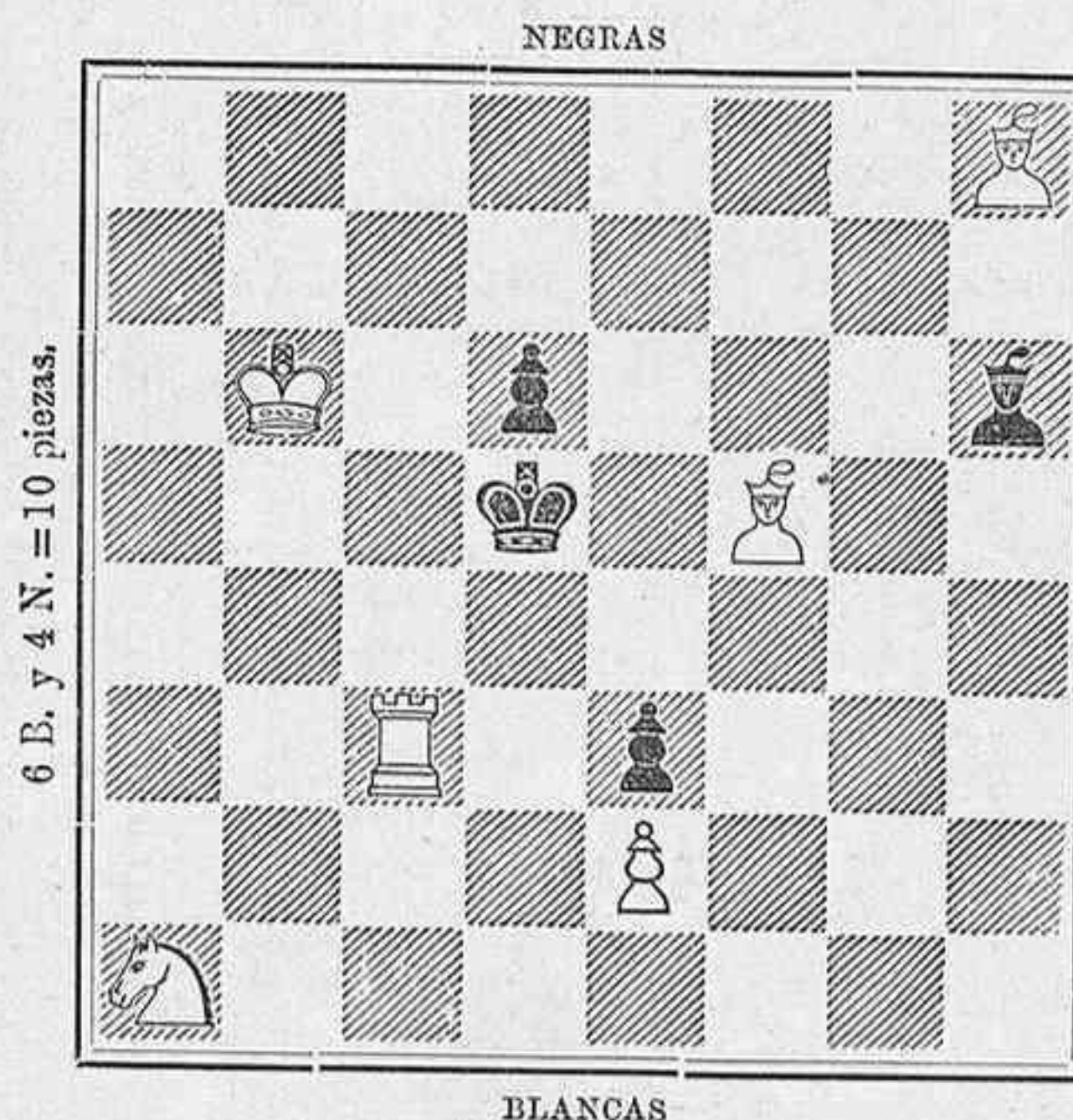
mo que entonces se despertó por el estudio de la antigüedad clásica griega y romana, ¿quién no comprende el valor de la obra de Héctor Ximenes? En esa estatua armonizanse por modo admirable la severidad del clasicismo con las galas en que supieron envolverla los artistas del Renacimiento: severa, elegante, llena de poesía, correcta y pura de líneas, la escultura que nos ocupa merece seguramente figurar entre las mejores y más preciadas joyas del arte italiano moderno.

El avaro, cuadro de Ernesto Zimmermann.—

En el teatro, en la novela, en las obras de arte, la figura del avaro ha sido siempre una de las que han dado al literato y al artista materia interesante para sus composiciones: pocos pecados imprimen en los que por ellos se sienten dominados un sello tan acentuado y tan característico como la avaricia; pocos caracteres presentan el relieve que el del que cifra todos sus goces en acumular dinero y ante nada retrocede, ni ante la infamia ni ante el crimen, si el crimen ó la infamia le proporcionan el único goce que experimenta en su miserable existencia. El reputado pintor alemán Ernesto Zimmermann ha sabido representar esta figura del avaro en una composición admirablemente concebida, que á la vez que nos presenta el pecado en toda su repugnante desnudez, nos deja entrever los tormentos indecibles que el pecador sufre.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 94, POR JUAN CARBÓ



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 93, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. P6 D	1. R4 R (*)
2. D6 A R jaque	2. R toma D
3. C4 C mate.	

(*) Si 1. R6 A D; 2. Cc D jaque, y 3. D7 A R mate; - 1. P7 D; 2. D toma P jaque, y 3. C4 C mate; - 1. D toma A; 2. D4 A R jaque, y 3. Cc D mate. La amenaza es 2. C5 D jaque, y 3. D6 A R mate.

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE J. L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Al verle, el doctor, en el colmo de la excitación, castigó á su yegua

El vizconde miró á la joven, y asombrado de la expresión de angustia que se pintaba en su rostro, comprendió que estaba al corriente de todo.

Y una reflexión, rápida como el relámpago, le representó el drama que hacía dos años pesaba sobre aquella familia: la hija mimada, adulada, complacida en todo é ingrata; el yerno, hombre obscuro, astuto, sirviéndose de subterfugios para arrancar firmas, y muy pronto insolente y déspota; y Juanita, tan largo tiempo despreciada, convertida ahora en único apoyo de aquel tío que la había tratado tan duramente, y correspondiendo á las injusticias y humillaciones con que la agobiaran con una abnegación absoluta, una ternura casi apasionada. Al punto experimentó por ella un sentimiento de admiración sincera, de dulce simpatía que no pudo disimular, y acercándose á Juanita, cogió sus manos, y con voz vibrante pronunció estas palabras, que cayeron abrasadoras sobre su corazón, y que debían ser para siempre su delicia y su tormento.

— Señorita Juana, tranquilícese usted; no tengo mala voluntad á su tío de usted; que vote como quiera, ó más bien como pueda. Sea cual fuere su manera de proceder, yo le estaré siempre agradecido más de lo que pueda expresar con palabras, por haber amparado á una sobrina tan encantadora y tan buena como usted, proporcionándome ocasión de conocerla.

Juanita se había puesto extraordinariamente pálida y apoyábase contra la pared, tratando de dominar una emoción profunda y embriagadora.

— Sr. Santiago, dijo al fin con voz temblorosa, no me hable usted así..., porque me hace daño, y al mismo tiempo me produce demasiado placer. Esas son palabras de París, que una pobre joven como yo no entiende. Adiós, Sr. Santiago.

Y entró en la casa con un apresuramiento que revelaba profunda turbación. El vizconde, muy pensativo, subió á su coche y partió.

IX

Cuando hubo franqueado la puerta del patio, tomó de nuevo el camino de Berneville; pero sin mirar ni una sola vez la campiña mutilada, cuyas espigas se levantaban penosamente, dejó á la yegua trotar á su antojo, con las riendas sueltas, indiferente á los vaivenes que hacían rebotar su vehículo sobre las piedras y en los baches llenos de agua. Reflexionaba é irritábase contra sí mismo. Aquel día se anunciaba mal: la tormenta, la desesperación de aquella buena gente, la pobre señora Chantavoine atacada de improviso por la enfermedad y ahora en lucha con la agonía, y aquella joven... ¡Ah, de esta última, sobre todo, no podía apartar su pensamiento, y decíase que era en alto grado interesante! ¡Qué diferencia entre ella y las feas lugareñas que de ordinario pueblan la campiña! Era una aldeana; pero no como las demás; bien lo había echado de ver, dos años antes, en su primer encuentro, durante aquella cacería..., y si la había olvidado desde entonces, el recuerdo adormecido que de ella conservaba despertábase ahora muy vivo..., demasiado vivo, puesto que se tradujo por un cumplido necio y una galantería de mal gusto. «Porque en fin — murmuraba con creciente irritación contra sí mismo, — supongo que no iré á coque-

tear ahora con la señorita de Chantavoine. He venido con el objeto de preparar mi elección, y no para ponerme en ridículo. ¿Por qué diablos habré hablado yo con esa muchacha? ¡Y qué singular aspecto tenía! . Aquella confusión, aquella contestación temblorosa, aquella huida... ¡Vamos, vamos, sería demasiado estúpido; es necesario poner un poco de orden en todo esto!»

Poner orden era lo que estaba en el pensamiento del vizconde, contener el incendio que ahora no dudaba haber encendido en el corazón de Juanita; y con su fatuidad de parisiense, comenzaba a despreciar aquella victoria, juzgándola demasiado fácil. Por desgracia para la pobre joven, no se engañaba; lo que en él no era más que inclinación de capricho, admiración simpática, había llegado a ser ya para ella una pasión, y pasión sin esperanza...

Llegado a las primeras casas de Berneville, Santiago recordó que había prometido avisar al cura; en su consecuencia, dió un rodeo a fin de pasar por la rectoría, y después puso su yegua al trote por el camino de Varençieres. A medida que se acercaba, sus pensamientos tomaban otro giro, preocupándole la visita que debía hacer a Mutterel. Le costaba mucho, porque comprendía que aquel hombre era un enemigo cuya influencia no se podía ocultar; mas la visita era inevitable, y estaba resuelto a hacerla al punto, comparándola mentalmente con una mala medicina que disgusta, pero que es preciso tragar cuando se está enfermo. Ahora bien: él lo estaba por causa de la agitación electoral, y sabía que para curar esta afección no debe haber vacilaciones en visitar a los adversarios ni en saludar a unos cuantos imbéciles.

Se apeó, pues, valerosamente delante de la puerta de casa Mutterel, y después de encargar a su lacayo que avisase corriendo al médico, tiró resueltamente de la campanilla.

Un perro grande le contestó desde el patio, ladrando furiosamente; después oyó el choque de los zuecos sobre los guijarros, y una criolla mofletuda entreabrió la puertecilla que había junto al portal.

— ¿Está el Sr. Mutterel en casa?, preguntó Santiago.

Al reconocer al vizconde, la criada tomó un aire confuso e indeciso que le hizo sonreír.

«Parece que no me esperaban», pensó.

— No sé, contestó la criada, voy a ver.

Y dando media vuelta, se fué corriendo. El perro, sujeto con la cadena, siguió ladrando, a la vez que enseñaba los dientes. El vizconde permaneció un instante en la puerta, y después, perdiendo la paciencia, se dirigió hacia la casa. Cuando llegaba, la criada reapareció, y dijo «que el señor estaba en casa e iba a venir al punto.»

— Si el señor vizconde quiere tomarse la molestia de entrar...

Al penetrar en la cocina, Santiago recordó la boda, los tres pavos que se asaban delante de la chimenea, las filas de cacerolas hirviendo a lo largo de las paredes, el aparato fotográfico preparado en un ángulo más abajo, y al mismo tiempo el frío glacial de aquel día; de modo que involuntariamente sus fosas nasales se dilataron para aspirar de nuevo el olor de las viandas, mientras un estremecimiento corría por su espalda como si aún hubiese nieve en el patio.

Al mismo tiempo su mirada se fijó en la puerta de la sala donde se había celebrado el festín, y detrás de esta puerta, cerrada entonces, percibió un vago rumor, como de personas reunidas que hablasen con animación; pero la criada no le permitió detenerse.

— Si el señor vizconde quiere pasar al salón...

Aquel aposento parecía la sala de un dentista: en el centro, sobre la estrella central del suelo de madera, veíase una mesa de palisandro cubierta con tapete de felpa rojo; las cortinas de seda amarilla de ambas ventanas, levantadas sobre las abrazaderas, pendían con triste majestad; los cuatro sillones de terciopelo de Utrech color de tórtola, puestos como centinelas delante de la mesa, estaban colocados unos frente a otros con glacial simetría; y en la pared opuesta a las ventanas, entre dos puertas falsas pintadas de color de salmón, un espejo con marco dorado se destacaba sobre el fondo gris del papel, dominando un canapé en que se ostentaban dos almohadones paralelos. Sobre el reloj se veía sentado un Mario de cinc, como si creyese estar sobre las ruinas de Cartago, llorando de aburrimiento entre dos vasos de alabastro y un par de candelabros de bronce, alrededor de los cuales se arrollaba, cautelosa y pérfida, una serpiente dorada. Pero lo que allí triunfaba, lo que constituía el complemento del mobiliario, eran los dos taburetes giratorios y el *puf* con asiento de tapicería de fondo verde espinaca, sobre el cual se destacaban grandes flores rojas, obra maestra de la dueña de la casa, que atraía los ojos, los fascinaba, y cuando por un esfuerzo de voluntad se suscitaban al fin a aquella atracción del verde y del rojo,

conservaban largo tiempo como un doloroso pesaño.

— ¡Mil diablos!, exclamó el vizconde recobrando el equilibrio después de un resbalón sobre el suelo, encerrado con exceso, he aquí un aposento poco hospitalario. ¡Tiembla uno sólo de pensar que podría desarreglar algo! ¡Y hasta me dan ganas de hablar bajo..., para no despertar a Mario! Bien quisiera sentarme, pero no me atrevo, porque esos sillones alineados como hortalizas me intimidan... ¡Pardiez, qué colores! . ¡Ah! Me ocurre una idea..., voy a sentarme en el *puf*, volviéndome de espaldas a los dos taburetes y así no los veré.

Sentóse y quedó pensativo, arrullado por el *tic tac* monótono del reloj en el frío silencio del salón, con la nariz excitada por el olor de cera que ascendía del suelo.

Ya comenzaba a quedar adormecido cuando abriéndose la puerta apareció Mutterel.

Había engordado mucho; su chaleco cruzado, sobre el cual se ostentaba una gran leontina de plata, apenas podía contener el abultado vientre, y su levita de cuello de terciopelo parecía resistir con gran trabajo el empuje de sus poderosos hombros. Su cuello, grueso y corto, sostenía una cabeza voluminosa de cabello rubio amarillento con patillas cortadas al ras, que servían de marco a un rostro descolorido con mejillas fofas, el cual hubiera parecido insignificante a no ser por el brillo de dos ojos atravesados; en la boca, de labios gruesos, vagaba una falsa sonrisa de vanidad.

Ante aquel gigante grotesco y vulgar, Santiago de Berneville se levantó irguiendo su talle esbelto, y alargó su pequeña mano, cubierta con el bien ceñido guante, hacia la manaza de cortos dedos, que sufrió el apretón sin corresponder con otro.

Los dos hombres se miraron un instante como asombrados de verse uno frente a otro, en un silencio hostil.

— ¿Conque ha venido usted a dar una vuelta por nuestro país, señor vizconde?, dijo al fin Mutterel.

— Así es, contestó Santiago, y como no ignoraré usted que mi viaje tiene un objeto electoral, he querido que mi primera visita fuese para usted, señor alcalde.

Mutterel dirigió una mirada hacia la puerta, como para asegurarse de que estaba bien cerrada y que desde fuera no se podía oír, lo cual hizo recordar al vizconde el rumor de conversaciones que había sorprendido por el lado del comedor cuando entró en la casa.

— ¿Y la familia sigue bien?

— Sí, bastante bien, muchas gracias, y siento no poder decir a usted otro tanto de la suya.

— Es usted muy amable; todos siguen bastante bien.

— Vengo ahora de los Muriaux. Su suegra de usted se encuentra hoy peor, y acabo de enviar a mi criado para avisar al médico.

Mutterel se estremeció.

— No le encontrará, dijo; no está en su casa.

— Pues dígame usted dónde se halla...

— ¡Oh! No importa; se le avisará cuando vuelva.

— Es que aseguro a usted que la señora Chantavoine me ha parecido muy enferma...

— Esos ataques le sobrecogen a veces, y luego pasan, aunque podría dar la casualidad... Dispénsese usted un momento.

Y Mutterel salió.

«Bien sé dónde se halla el médico, pensó Santiago; está en el comedor junto a la cocina; he caído en medio de una conferencia organizada contra mí, y los molesto... ¿No lo dije? En este momento cruza el patio.»

En efecto, Mutterel acompañaba hacia la puerta a un hombrecillo a quien trataba de ocultar con su elevada estatura. Dos ó tres veces se volvió con aire inquieto hacia el lado del salón como si temiese ser espiado; pero el vizconde los veía a través de las cortinillas transparentes, y a pesar de las precauciones del dueño de la casa, no le costó mucho reconocer la silueta del doctor Tranchebize.

«En fin, se dijo el vizconde, no he perdido del todo el día; he perturbado una discusión de mi competidor, y gracias a mí, la pobre madre Chantavoine verá tal vez al médico un poco antes...»

— Dispense usted, señor vizconde, dijo Mutterel entrando en la sala; he ido a decir que avisen al médico.

— ¿Está usted seguro de que le encontrarán?, preguntó Santiago tomando el aire más inocente del mundo.

— ¡Pardiez, no lo dudo!

— ¡Vamos, pues tanto mejor! Y ahora hablemos, señor alcalde, si usted lo tiene a bien; después pediré a usted permiso para presentar mis respetos a la señora Mutterel.

— Será mucho honor para nosotros.

— ¿Cómo? ¿Cree usted que he olvidado su casamiento, y que fui yo quien condujo a la novia hasta los pies del altar? De esto hace ya tres años. ¿Qué rápidamente pasa el tiempo!

— Sí, es verdad.

— Pero ahora hablemos de cosas serias. Los diarios y los anuncios le habrán dado a conocer seguramente mi candidatura. Ya sabrá que me presento a la diputación.

— Ya me lo han dicho.

— Al obrar así, creo cumplir con un deber. Mi abuelo ha representado el cantón de Varençieres hasta su muerte, y mi padre, que le sucedió, fué a su vez consejero general aquí durante largos años.

— No le diré lo contrario. La plaza ha pertenecido largo tiempo a la familia de usted; esta es la verdad.

— ¿Hemos desmerecido en algo? ¿Hemos dejado de hacer el bien que nuestra situación nos permite dispensar al país? ¿Nos han encontrado alguna vez mal dispuestos cuando se ha recurrido a nosotros para obtener un apoyo ó un servicio cualquiera.

— Faltaría a la verdad quien tal dijera.

— ¡Ah! Ya sé que nosotros no tenemos la marca republicana, y sin duda nos acusan de ello. Mi padre fué siempre francamente antirrepublicano, lo reconozco así, y añadiré que no quiere cambiar de opinión, pues ya comprenderá usted que a su edad...

— Seguramente; es su bandera.

— He aquí por qué después de un descalabro en el consejo general, no piensa en solicitar el cargo legislativo; pero yo, que soy joven, no tengo las mismas razones para no aceptar la República; sin duda que yo no la hubiera hecho; pero en fin, existe, y no veo qué se podría poner en su lugar por ahora.

— Esto es verdad.

— Pero yo no quiero la república de los radicales, sino una que permita a los que conservan recuerdos, tradiciones y creencias, no echarlo todo a barato; deseo una República grande, franca, tolerante y muy liberal...

— ¿Es esa la bandera de usted?

— ¿No la impone así el buen sentido?

— Algunos dicen que sí.

— Por lo demás, señor alcalde, en mi concepto, el diputado debe ocuparse ante todo de los asuntos de su departamento, consagrando a ellos su buena voluntad y su trabajo y mostrándose dispuesto a servir a todos sus conciudadanos sin cuidarse de sus opiniones. ¿No estoy en lo cierto, y no le parece que tengo razón?

— No podemos decir que esté usted en un error desde el momento en que esa es su bandera.

— Quisiera encargarme seriamente de los intereses del distrito, que en mi concepto se han descuidado un poco por la política de combate durante estos últimos años. Así, por ejemplo, la línea férrea de Varençieres debería estar hecha, y yo reclamaré sobre esto con la mayor energía.

— Seguramente que no haría usted mal.

— Bien sé que hay algunos que me aplican el epíteto de clerical; pero usted es lo bastante ilustrado, señor alcalde, para no dar a esta palabra las interpretaciones estúpidas que circulan entre ciertos sectarios. Sabe usted muy bien que yo no me propongo imponer mi religión a nadie, y no puede parecerle mal que yo pida para ella el respeto y la libertad. Usted me despreciaría si yo renunciase a mis ideas liberales, si con un objeto ambicioso hollase bajo los pies mis convicciones cristianas.

— Esto sería ir contra su bandera.

«¡Mi bandera, mi bandera!, murmuró el vizconde impacientado. ¿No encontrará por ventura este animal otra cosa que decirme?»

— En fin, señor alcalde, dijo levantando la voz, no tengo que hacerle mi profesión de fe; ya habrá leído la que he mandado publicar en el distrito, y sobre todo, usted me conoce bien. Soy del país como usted; los dos somos antiguos normandos, y me atrevo a invocar respecto a usted relaciones seculares entre nuestras dos familias. Bien valen algo estos recuerdos del pasado, y me parece que puedo decir, sin atacarle deslealmente, que mi competidor, llegado al país apenas hace veinte años, no tiene los mismos vínculos, ni puede, como yo, invocar los servicios prestados por varias generaciones de personas honradas.

— ¡Ah, pardiez, en cuanto a eso de ser más antiguo que Tranchebize entre nosotros, no hay duda que usted lo es!

— Por otra parte, repito que no conozco el caso de que nadie haya podido quejarse nunca de mi familia.

— No que yo sepa.

— ¡Pues bien: veamos, Mutterel, y juguemos con cartas descubiertas! ¿Puedo contar con el curso de usted para mi elección?

Muterel se sobresaltó, desconcertado por aquella pregunta dirigida á quemarropa, y una mueca de descontento, que no pudo reprimir, contrajo sus facciones un segundo. Experimentaba el vivo sentimiento de contrariedad de muchos normandos cuando se les pone entre la espada y la pared y se ven obligados á hablar claramente, sentimiento que podría compararse con el asombro indignado de una mujer linda en presencia de un caballero importuno y mal educado.

Sin embargo, se repuso muy pronto; tomó de nuevo su expresión plácida, y dejando caer los brazos con desaliento, dijo con voz sorda:

— No puedo prometer á usted eso, señor vizconde; lo siento mucho, mas no puedo prometerlo.

— ¡Oh! No le pido á usted un compromiso formal; pero me parece...

— ¡No puedo!.. Usted no sabe lo que es ser alcalde; si supiera lo que es, si lo supiera... ¡Oh desgracia!

— Pues bien; dígame usted algo sobre ello.

— ¡Un alcalde, señor vizconde, un alcalde... es el criado de todo el mundo, ni más ni menos!

— ¡Ah! Es singular; yo creía que era todo lo contrario.

— Comprenderá usted que es preciso no ponerse en mal lugar con unos ni con otros; no se debe decir á aquel «tú eres mi amigo,» y después aparentar que se desprecia al vecino; sin este ten con ten, ¡cuántos disgustos se sufren!

— ¡Pero permítame usted! Yo no le pido que desprecie...

— Mire usted, señor vizconde, yo soy alcalde; es una desgracia, pero lo soy, y por lo tanto es preciso que me eleve...

— ¿Que se eleve usted?

— ¡Pardiez, sí! Es necesario que yo me eleve sobre todo el mundo, como si las cosas de las elecciones me pasaran tan por debajo que las ignorase completamente.

— Comprendo; quiere usted permanecer en las alturas como el águila. Es muy hermoso.

— Mi cargo es el que lo requiere.

— Lo siento por mí; pero al menos, si no me es usted favorable, tampoco puede serlo para mi competidor, y esto me consuela.

Muterel, fingiendo confusión, se rascó la cabeza con aire preocupado; pero al mismo tiempo deslizó hacia el vizconde una mirada, cuya expresión burlesca y maligna sorprendió éste.

— Es que, dijo, el Sr. Tranchebize es consejero general, ya sabe usted.

— Sin duda...

— ¡Y el Sr. Tranchebize tiene buenas agarraderas!

— No comprendo.

— Quiero decir que no está mal con el prefecto, y esto es bastante importante para el distrito.

— Cuidado, Muterel, que se olvida usted de lo de elevarse...

— No, señor vizconde, nada de eso. Si yo fuera dueño de mi persona, ya vería lo que me conviene hacer; pero no soy dueño...

— ¡En fin, diga usted de una vez que está por Tranchebize!

— Estoy y no estoy y vuelvo á estar. Yo no debo ponerme mal con él.

— Va usted á combatirme; ya lo sabía; pero he querido tener la conciencia limpia.

— ¿Combatir á usted, señor vizconde? Seguramente que no; cuando uno es alcalde no combate á nadie.

— Pues no deje usted á todo el mundo decir que el doctor es su mayor amigo y que tiene en usted su más activo agente.

— ¿Pero es posible impedir á todo el mundo que hable?

— En fin, usted no puede negar que está en la mejor inteligencia con Tranchebize.

— No diré que esté mal con él...

— Siempre se halla en casa de usted.

— Yo no puedo poner á la puerta á ese hombre.

— No se ve á nadie más que á él en esta casa.
— También hay aquí otros algunas veces.
— ¿Conque me hace usted la guerra? Está bien; lucharé.
— ¿Y quién le dice á usted que yo quiero hacerle la guerra?
— Todo me lo dice: su actitud, su silencio, sus contestaciones...
— ¡Ah! Veo que no soy afortunado: si hablo le disgusto; si no hablo le disgusto también.



Deseo una república grande, franca, tolerante, liberal

El vizconde se levantó muy pálido.

— ¡A decir verdad, Muterel, me parece que se burla usted de mí!

Muterel no se movió; pero un pliegue irónico contrajo su labio, y con la misma mirada rencorosa de antes, siguió al joven, que recorría el salón á largos pasos.

Muy pronto Santiago reflexionó que manifestar mal humor á aquel campesino astuto era una torpeza; avergonzándose del movimiento de impaciencia á que había cedido, serenóse y volviendo hacia Muterel le dijo:

— Vamos, ya veo que no nos entendemos bien. Lo siento mucho, y aún espero que llegaremos á una inteligencia, pues no puedo creer que sea usted mi adversario. En todo caso, si la política nos separa, espero que fuera de ella nos conservaremos siempre buenos amigos.

— En cuanto á eso, señor vizconde, no diré lo contrario.

— Pero tampoco dice usted que sí, chancero normando. ¡Vaya, un apretón de manos y le dejo!

Y tocando aquella mano gruesa, inerte y blanda, se dirigió hacia la puerta.

Cuando se disponían á cruzar el patio, saludado por los furiosos ladridos del perro, que con su franqueza de animal no vacilaba en manifestarle claramente su hostilidad, una dama corpulenta, de colores muy subidos, que llevaba vestido negro de seda, sombrero de blonda con un lazo de cinta de color de fuego y balanceaba una sombrilla en la mano, apareció de pronto en el umbral de la puerta grande entornada; el vizconde reconoció en ella á Coralia. Regresaba después de hacer sus visitas, muy hueca por los elogios que había obtenido en casa de la señora notaria, la señora recaudadora y la señora del juez de paz, y volvía á casa con esa dejadez que conviene á las mujeres perezosas, coquetas, gordas y mal compuestas.

Al divisar á Santiago acompañado de su esposo, detúvose como alarmada; pero después, ante la actitud pacífica de los dos hombres, irguióse muy orgullosa, al ver un candidato en su casa y considerando que era ella la esposa del señor alcalde desde la cabeza á los pies. Redondeó sus gruesos labios, dió algunos pasos haciendo arrumacos, y al encontrar á Santiago en medio del patio, hízole la reverencia que

tenía aprendida para las grandes solemnidades, aquella que, según los preceptos de la señorita Pompadour, unía la dignidad categórica con la cortesía de la hospitalidad.

— ¡Cómo! exclamó tartamudeando. ¿Otra vez el señor vizconde entre nosotros? ¡Qué suerte, qué feliz casualidad!

Santiago la miró algunos instantes sin contestar, algo confuso, porque le parecía horrible. Por fin sonrió con la mayor amabilidad que le fué posible, y apresuróse á preguntar por la preciosa salud de la señora Muterel.

— Como usted ve, señor vizconde, todo sigue en paz, contestó redoblando sus muecas. Si no fuera por este atroz calor... estoy sofocada. La tempestad me excita los nervios, y cuando truena me pongo hecha, como si dijéramos, una sensitiva...

— Y por otra parte, dijo el vizconde, debe usted estar muy inquieta por el estado de su madre.

Coralia tomó una actitud sentimental.

— ¡Es verdad, señor vizconde, mamá Chantavoine está muy quebrantada!

— Hace poco decía á su esposo que la había visto y estaba muy mal.

— ¿Ha ido usted hoy á los Muriaux?

— Ahora llego de allí, y la buena señora padecía tanto cuando me marché, que he mandado avisar al médico.

— Es mucha amabilidad por parte de usted; yo iré mañana para ver cómo sigue. Tal vez sea un efecto del temporal, como me sucede á mí...; pues aunque no haya llovido...

— En Varencieres no ha llovido; pero allá abajo... Hasta entonces Muterel había guardado silencio; pero estremeciéndose al oír la última palabra.

— ¿Ha llovido en los Muriaux?, preguntó vivamente.

— ¡Ah, estimado señor alcalde, si no hubiera hecho más que llover; pero el granizo cayó antes que la lluvia!

— ¡El granizo, gritó Muterel, el granizo! ¿Conque ha granizado en los Muriaux?

El vizconde, sobresaltado, miró á Muterel con asombro, al ver que tenía el rostro lívido y los labios temblorosos.

«¡Oh!, pensó, parece que he tocado la cuerda sensible.»

— ¡Viejo estúpido!, exclamó el otro sin poder contenerse. ¡No ha querido asegurarse! ¡Ah! Es una noticia desagradable la que me da usted.

Y volviéndose hacia el vizconde añadió:

— Dice usted que ha granizado. ¿Ha sido mucho?

— Con abundancia, contestó el vizconde, pronunciando las palabras lentamente; todo está troncado, triturado, y la cosecha se ha perdido por completo.

— ¡Ay de mí, qué desgracia!, murmuró Coralia.

— ¿Por qué no me ha dicho usted eso?, replicó Muterel con tono amenazador.

— ¡Pardiez, señor mío, porque no veía la necesidad de decirlo! Las malas noticias se saben siempre demasiado pronto, y sus suegros de usted no me habían encargado tan desagradable comisión. Hasta siento haber hablado de ello, puesto que tanto le aflige esa enojosa tempestad. Este desastre material, unido al pesar que le causa la enfermedad de la señora Chantavoine, será para usted un nuevo golpe, y yo sentía ya demasiado verme en la precisión de manifestarle algo sobre la enfermedad de aquella á quien tanto ama usted, para querer contristarle además con el relato de esa terrible granizada. En fin, contra lo irreparable, la resignación es el único remedio; y lo mejor que puedo hacer ahora es despedirme con estas consoladoras palabras. Hasta la vista, señor alcalde; señora, soy su más humilde servidor.

Había dicho todas estas palabras muy rápidamente, con un retintín burlón, incapaz de ocultar la satisfacción que le causaba la cólera de aquel rechoncho palurdo, antes tan dueño de sí mismo y tan insolente. Ganó la puerta con paso ligero, dejando á

Muterel en medio del patio, aterrado y furioso, y á Coralia silenciosa á su lado.

«¡Ah, tunante!, se dijo el vizconde recogiendo las riendas, al fin me ha tocado á mí también. ¡No tengo yo la culpa de que granizara en los Muriaux; pero ya que esto te enoja, á fe mía que no lo siento!»

Y sin querer continuar su correría, aunque aún era temprano, el vizconde volvió muy alegre á Berneville. Ya no pensaba en su elección, ni en la tristeza que había experimentado en la granja, ni tampoco en Juanita: solamente la gordá Coralia y su esposo ocupaban su imaginación divertida, riéndose á solas como un pille al pensar en el mal talante que presentaban los dos, plantados en medio del patio, aturdidos por aquella noticia con que los había consternado, sin importarle que su despedida burlona acrecentara el odio que los dos le profesaban.

Pero cuando se halló por la noche en el pequeño comedor, sentado á la mesa sin más compañía que la del Sr. Fineuil, su empresario electoral, su alegría pasó muy pronto. Entonces debió ocuparse de cosas serias, oír el informe de su agente, referirle lo que había hecho durante el día y preparar de concierto con él el plan del siguiente. El Sr. Fineuil había recorrido el distrito, y como siempre, tenía mucha confianza y estaba contento de sí mismo; pero cuando Santiago le dió á conocer el resultado de su entrevista con Muterel, declaró solemnemente que aquello era grave, muy grave.

— Señor vizconde, dijo, permita usted á un viejo rutinario como yo observarle que no ha tenido bastante sangre fría, que en materia de elecciones es una cosa absolutamente necesaria. Ahora bien: las respuestas á la normanda y las sutilezas del señor alcalde de Varencieres le han impacientado, y se ha dejado usted llevar de un movimiento de irritación muy lamentable, que le ha inducido después á vengarse, recordando de improviso esa granizada que sus preocupaciones personales le hicieron olvidar en un principio. Permítame usted decirle una vez más que ha dado pruebas de poca experiencia, y siento no haberle acompañado á casa del Sr. Muterel. ¿No conoce usted el espíritu de ciertos campesinos, y no sabe que en ellos las cuestiones de interés se anteponen á todas las demás? En vez de guardar el granizo para el fin, era preciso comenzar por él, fingir que estaba usted trastornado por aquel desastre, lamentarse en alto grado de las víctimas, y hasta, lo cual hubiera sido muy hábil, indignarse con el yerno contra el suegro que no había asegurado la cosecha. La pobre mujer, su enfermedad, el médico y todo eso hubiera venido después, por ser cosa de interés secundario. Pero sobre todo, señor vizconde, no debió usted, para tomar una inútil venganza, abandonarlos así, como burlándose de aquel granizo con que acababa usted de aplicarles una ducha. ¿Para qué vengarse de un Muterel? ¡Valiente descubrimiento habrá hecho usted cuando se convenza de que tiene más talento que él! ¡Y adelantará usted mucho con ello! ¡He ahí un hombre que ya no le quería, y que ahora le aborrece!

— Tiene usted razón, Fineuil, dijo el vizconde con tono contrito, he procedido como un tonto.

— ¡Vamos, yo no he dicho eso! Tan sólo ha sido usted imprudente, pero todo puede arreglarse. Bien mirado, ese alcalde se ha descubierto, y tal vez sea esto conveniente. ¡Pero tenga usted sangre fría, señor vizconde, más sangre fría! Un candidato no se debe asombrar de nada ni enojarse por nada, sino lisonjear á cada cual y sonreír á todo el mundo.

— ¡Vaya un lindo oficio!, refunfuñó el vizconde desanimado.

— Pues no hay más remedio. ¿Quiere usted ser derrotado ó vencer?

— Está bien, Fineuil, soy de su parecer.

Y Santiago estudió dócilmente los planes de cam-

— ¡Pardiez, que está perdida! Déme usted con qué escribir.

— ¿Cree usted que saldrá de esta?, preguntó Chantavoine, que se había quedado atrás.

— Mientras que haya vida hay esperanza; voy á recetarle, y esperemos los resultados.

Y el doctor comenzó á garrapatear.

— Tome usted, dijo después; que hagan eso inmediatamente en la botica.

— ¿Es para beber lo de la botella ó para hacer fricciones?

— Para beber; pero que vayan pronto.

Chantavoine salió, entregó la receta al carretero, que salió al punto para Verancieres, y volvió á entrar, con los brazos caídos y expresión abatida, como agobiado por toda aquella desgracia que le perseguía desde la mañana. El doctor daba sus instrucciones á Juanita en voz baja; en la habitación contigua el estertor de la enferma resonaba lúgubramente.

— Vamos, me voy, dijo de repente Tranchebize.

— ¿No hay que hacer nada más?

— Nada más. Tengo mucha prisa; hasta más ver.

Y se dirigió con paso rápido hacia donde estaba su yegua, que le esperaba soñolienta. Cuando se disponía á salir entraba el cura de Berneville. El doctor se detuvo al punto, como fascinado por aquella aparición inesperada; el sacerdote pasó de prisa, aparentando no verle, y llegó á la casa, en cuyo umbral Juanita estaba de pie, con la mano sobre los ojos, en actitud inquieta. Sin moverse de su sitio, Tranchebize había dado media vuelta, y su mirada torva seguía al cura. Cuando le hubo visto saludar á Juanita y penetrar en la

casa encogióse de hombros é hizo una mueca; después dejóse llevar de la cólera y saltó hacia su vehículo, levantando los brazos al aire y blandiendo su bastón como para defenderse de una legión de sotanas.

En el camino encontró á Muterel, que con su carriola al paso se dirigía hacia la granja, deteniéndose á cada momento para examinar y evaluar los daños ocasionados por el granizo, pensando en sacar el mejor partido posible del desastre, y calculando hasta qué punto le sería posible utilizar en provecho propio la desgracia de su padre político.

Al verle, el doctor, en el colmo de la excitación castigó á su yegua, y el desgraciado animal, aturdido por aquella avalancha de golpes, intentó un galope. Al ruido de hierros que producía el vehículo de Tranchebize, Muterel interrumpió la contemplación de un campo de remolachas, cuyas hojas tronchadas cubrían el suelo, y contuvo su jaco, que al ver la yegua blanca había dado un salto, y ahora se revolvía entre las varas del vehículo, relinchando al ver aquella vieja amiga. Al mismo tiempo, el coche del doctor, tambaleándose de continuo, le recordó su madre política, en la cual no pensaba ya, y apenas Tranchebize estuvo al alcance de su voz, gritóle:

— ¿Ha muerto ya?

¡Poco pensaba el médico en la buena mujer! Con mano nerviosa detuvo su yegua, y abrió la boca haciendo una mueca trágica; pero el caballo de Muterel, entusiasmado por la presencia del bello sexo, comenzó á dar resoplidos y á relinchar á más y mejor, permitiéndose varios saltos y corbetas, como haciendo la corte á su compañera, mientras la vieja yegua descargó algunas púdicas coces. En resumen, los dos hombres debieron apearse para coger sus monturas por la brida, y entonces Tranchebize pudo hablar.

(Continuad)



Por fin sonrió con la mayor amabilidad que le fué posible, y apresuróse á preguntar por la salud de la señora Muterel

pañía de Fineuil; pero su entusiasmo de la primera hora se había enfriado mucho. Cuando hubo escrito á su novia doce páginas sobre combinaciones electorales, experimentó una vaga impresión de cansancio y desaliento, que se tradujo en la décimatercera sin que él se diese cuenta de ello, y que sirvió insensiblemente de transición para expresar en la décimacuarta sentimientos más tiernos. Dejaba de pensar en la Cámara de diputados para recordar que iba á casarse con una joven de la que estaba muy enamorado, y gracias á esto su carta, que comenzaba hablando de política, terminó con frases de amor.

VII

Al separarse de Muterel, el doctor Tranchebize, después de enganchar su yegua blanca al vehículo de mimbres se había dirigido hacia los Muriaux, maldiciendo en su interior á la madre Chantavoine y su parálisis. Había visto entrar al vizconde, y aquella aparición súbita de su adversario interrumpió un período que él desarrollaba muy complaciente. Y ahora marchaba, esclavo de su profesión, mientras que el otro armaba tranquilamente sus baterías. A la verdad, esto era tener muy mala suerte.

Llegado á la granja ató su montura cerca de la puerta grande, y entró. Juanita y Chantavoine se precipitaron á su encuentro.

— ¿Qué ocurre?, preguntó con voz adusta.

— Ocurre, contestó Chantavoine, que mi pobre mujer se va. Si no puede usted darle algo eficaz, creo que no llegará á esta noche.

El doctor penetró en la habitación de la enferma que estaba agonizando.

La examinó un momento, encogióse de hombros y volvió á salir.

— ¿Qué tiene?, preguntó tímidamente Juanita.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

EL MUSEO BIBLIOTECA DE ULTRAMAR, por Antonio García Llanos. — Meritísimo bajo todos conceptos es este trabajo realizado por nuestro compañero de redacción D. Antonio García Llanos: en él se hace una historia y una descripción detallada de la Exposición general de las islas Filipinas celebrada en Madrid en 1877 por iniciativa del entonces ministro de Ultramar el poeta ilustre y eminente político D. Víctor Balaguer y del Museo y Biblioteca cuya creación fué consecuencia de aquel certamen. Al estudiar los objetos existentes en dicho Museo Biblioteca, no se limita el Sr. Llanos a presentar un catálogo más ó menos detallado, sino que la enumeración de los mismos le sirve de punto de partida para hacer un estudio tan interesante como exco y completo de los usos, costumbres é industrias de aquellas apartadas islas del Pacífico. Por esta razón la obra que nos ocupa tiene doble atractivo, no sólo por la amenidad del asunto y por la manera de tratarlo, sino que también por la importancia de las cuestiones que con el mismo se enlazan: avaloran su interés gran número de grabados que representan varias vistas de la mencionada exposición y los principales objetos que figuran en el Museo Biblioteca. El libro ha sido muy bien impreso en la tipolitografía de D. Luis Tasso.

EL PORVENIR DE CENTRO AMÉRICA. — El último número de esta revista que se publica en San Salvador contiene bonitos grabados é interesantes artículos de Eva C. Verbel, E. Gómez Carrillo, Navarro Ledesma, Ismael G. Fuentes, A. Reyes, Isafas Gamboa y M. Fernández Juncos.

LA AVICULTURA PRÁCTICA. — El último número de esta importante revista, órgano de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, publica interesantes artículos sobre la cunclada forrajera gigante del Cáucaso (con grabados), la gallina de Batavia y la mortalidad de los polluelos.



ALEJANDRO ZAIMIS,
nuevo presidente del Consejo de ministros de Grecia

ALEJANDRO ZAIMIS,

NUEVO PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE GRECIA

Cuenta el actual presidente del Consejo de ministros griego 46 años, es sobrino de Delyannis y desciende de una familia ilustre de la moderna Grecia: su abuelo, Andrés Zaimis, fué uno de los que más fomentaron la guerra de la independencia; su padre, Trasíbulo Zaimis, desempeñó varias veces los cargos de ministro y presidente de la Cámara. Alejandro Zaimis estudió en París la carrera de derecho y ejerce gran influencia en el Peloponeso, y es desde hace muchos años diputado por la eparquía de Kalavryta: en 1890 fué ministro de Justicia, en 1891 del Interior y en 1893 presidente de la Cámara. Su actual nombramiento le ha indisputado con su tío. Si logra cumplir, aunque sólo sea en parte, el programa que expuso en la Cámara, los desacreditados partidos griegos sufrirán una transformación completa y radical. Por de pronto, su energía, demostrada por el simple hecho de haber reñido con Delyannis, le ha conquistado las simpatías del pueblo. Falta le hace esta energía al nuevo jefe del gobierno griego, tanto para mantener la cohesión necesaria entre sus compañeros de gabinete, y sabido es cuán fácilmente se ponen los gobernantes en desacuerdo en aquel país, cuanto para resolver las múltiples y espinosas cuestiones que el gobierno anterior le ha dejado en herencia, entre ellas el arreglo definitivo del tratado de paz con Turquía, arreglo que de día en día sufre nuevos aplazamientos y tropiezos con reiterados obstáculos, y el de la hacienda, bastante maltrecha después de la última guerra sostenida contra aquel imperio. De voluntad enérgica no carece Zaimis, como queda dicho: es de esperar también que posea el tacto y la diplomacia suficientes para aunar voluntades y llevar á buen puerto la nave de Estado, como así lo deseamos por la simpatía que nos inspira el pueblo heleno, tan digno de mejor suerte. De todos modos el hecho de encargarse de las riendas del gobierno en circunstancias tan críticas, prueba que Alejandro Zaimis es hombre de resolución y político de talla.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPETRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXLIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

P. MÉRÉ DE CHANTILLI
ORLÉANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÉRÉ
CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden
graduarse a voluntad, sin que ocasione
la caída del pelo ni deje cicatrices inde-
lebles; sus resultados beneficiosos se
estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÉRÉ
BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo
necesitan. No temen el asco ni el cau-
sancio, porque, contra lo que sucede con
los demas purgantes, este no obra bien
sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café,
el té. Cada cual escoge, para purgarse, la
hora y la comida que mas le convienen,
según sus ocupaciones. Como el causan-
cio que la purga ocasiona queda com-
pletamente anulado por el efecto de la
buena alimentación empleada, uno
se decide fácilmente á volver
á empezar cuantas veces
sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. VERRÉ y C^{ie}, 102, R. Richelieu, París.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA
la Anemia, la Pobreza de la Sangre,
la Opilacion, la Escrófula, etc.
Exijase el Producto verdadero con la
firma BLANCARD y las señas
40, Rue Bonaparte, en París.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier
ó de las 3 Marcas
ADOPTADA por todos los mé-
dicos, en razón de su
eficacia, contra Jaquecas,
Neuralgias, Fiebres inter-
mitentes y palúdicas, Gota, Reu-
matismo, Lumbago, Fatiga cor-
poral, falta de energía. Soberanas
para detener el estado febril de
un resfriado ó una enfermedad
en su principio. Una cápsula re-
presenta una copa de Quina.
Más solubles, más fáciles de
tonar que las píldoras y gra-
geas, han resuelto el problema
de la Quinina barata. Frascos de
10, 20, 100 cápsulas.
En PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
tacion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas
Afecciones del Corazon,
Hydropesias,
Toses nerviosas;
Empleado con el mejor éxito Bronquitis, Asma, etc.

Et mas eficaz de los
Ferruginosos contra la
Anemia, Clorosis,
Empobrecimiento de la Sangre,
Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

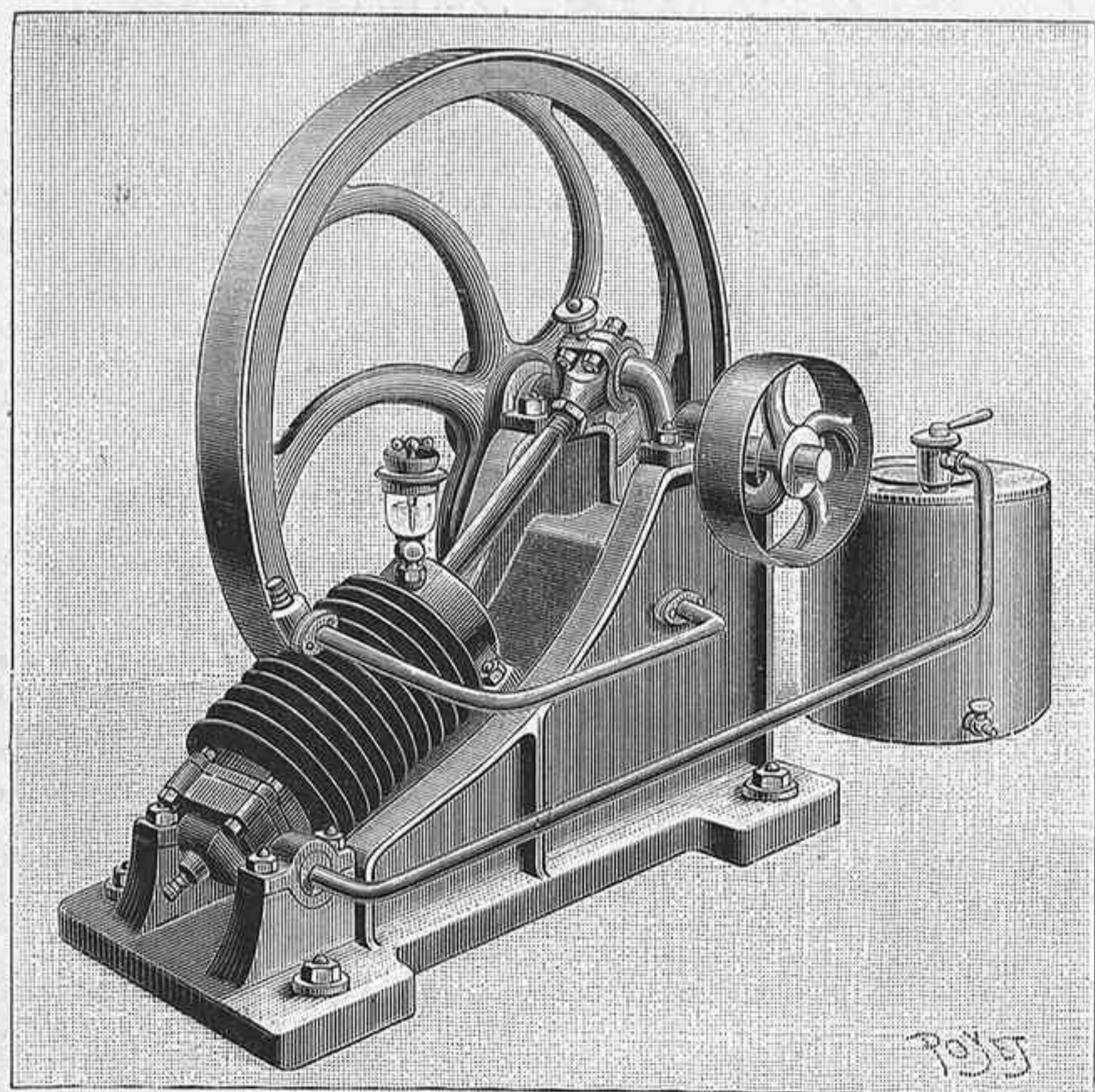
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acritud de la Sangre, Herpetismo,
Arona y Dermatitis.
CH. FAVROT y C^{ie}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
la epilepsia, histeria, migraña, baile de St-Vito, insomnios, con-
vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

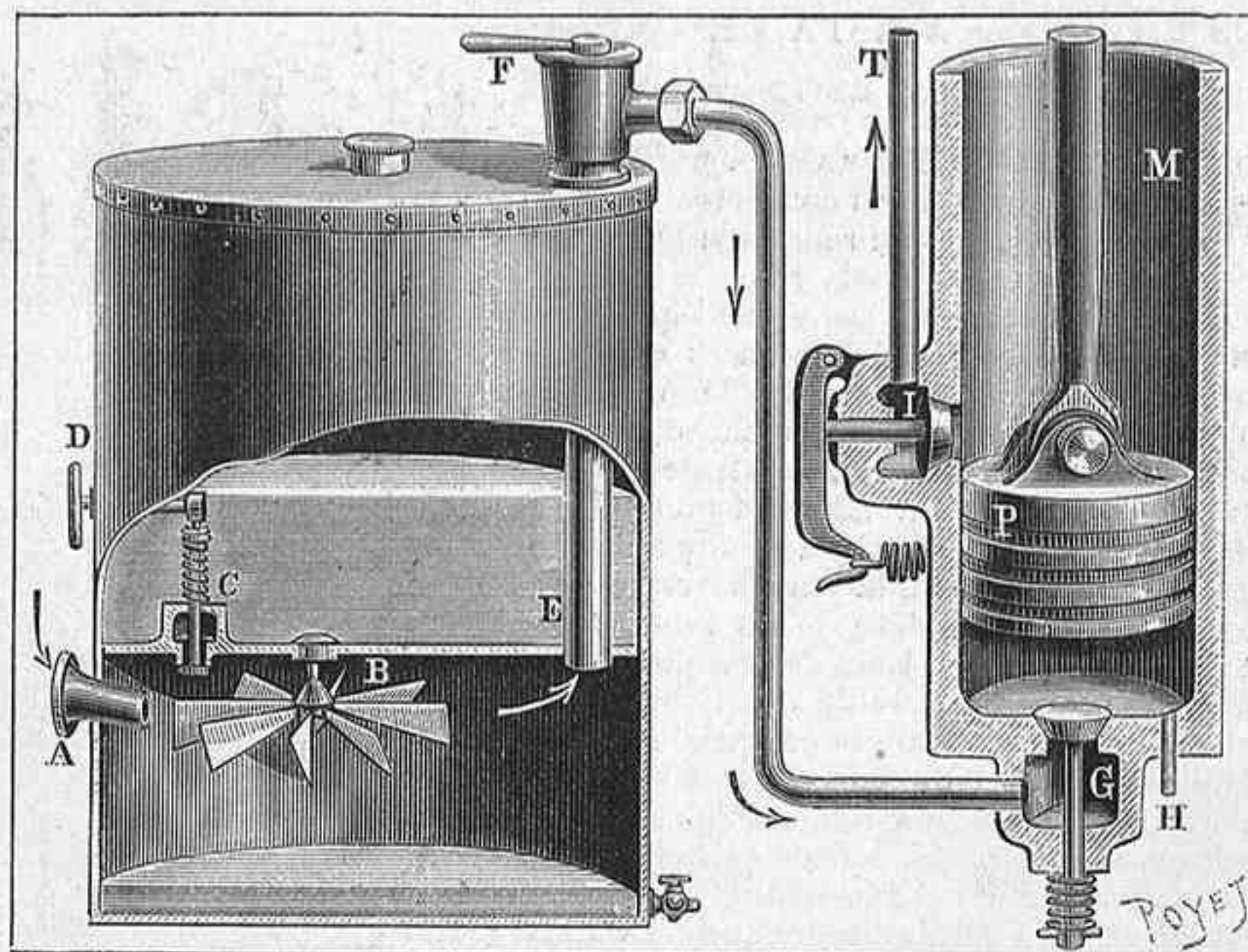
PATE ÉPILATOIRE DUSSE
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



CONJUNTO DEL MOTOR DE PETRÓLEO, SISTEMA LOYD

MOTOR DE PETRÓLEO, SISTEMA LOYD

Aunque los motores de petróleo estén fundados en el mismo principio que los de gas, ó sea la explosión de una mezcla detonante, difieren de éstos en ciertos puntos que permiten establecerlos con una sencillez de mecanismo que el motor Loyd ha llevado á su límite. Para el funcionamiento de los segundos se requieren cuatro golpes de pistón ó émbolo; para el de los primeros la vuelta completa del árbol motor se obtiene con uno solo. — El motor se compone



CORTE DEL CARBURADOR Y DEL MOTOR LOYD

de un carburador y del motor propiamente dicho. Aquél está formado de un recipiente cilíndrico separado en dos partes por un tabique horizontal y cuya parte superior contiene el petróleo de densidad 800 (800 gramos por litro). La mezcla detonante de aire y de petróleo se forma en la parte inferior del recipiente: el aire penetra por A, el petróleo por una válvula C que puede graduarse por medio de un resorte regulado por el tornillo D. El líquido cae sobre una pequeña rueda de aletas B, que gira alrededor de un eje vertical bajo la acción de la corriente de aire que penetra por A, á causa de la aspiración creada en E por el motor, y que puede regularse merced á la llave F. La válvula C regula, pues, la riqueza de la mezcla de petróleo, y la llave F la cantidad de mezcla enviada al motor por la acción aspirante del émbolo. — Por lo que respecta al motor, basta examinar detenidamente el corte esquemático que de él damos para que se comprenda su funcionamiento. Como partes esenciales, comprende un cilindro M, un émbolo P que actúa sobre la manivela por medio de una biela unida directamente al émbolo, una válvula de admisión G, otra de escape I que comunica con el tubo T y un tubo de encender de níquel H. El motor Loyd es de una sencillez notable que recomienda su empleo siempre que se necesite una potencia mecánica intermitente, fácil de poner en acción y de detener.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES etc.
 en París
 B^{te} St-Denis 16

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FORMULAS:
I — CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de
 los Intestinos, Convalecencias, Continuación de
 Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda,
 Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias
 y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito
 é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES
DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los
 flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento,
 las enfermedades del pecho y de los intes-
 tinos, los espantos de sangre, los catarros,
 la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y
 entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup,
 médico de los hospitales de París, ha comprobado
 las propiedades curativas del Agua de Léchelle
 en varios casos de flujos uterinos y hemor-
 ragias en la hemotisis tuberculosa. —
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

VERDADEROS GRANOS
DE SALUD DEL D^r FRANK
 Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones
 curados ó prevenidos.
 (Rotulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Cólicos, Bochornos y las Enfermedades del
 Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en
 la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las
 Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y
 Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la
 POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1^{ra} Clase, ex-Interno de los Hospitales
 PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida cura-
 ción de las Afecciones del pecho,
 Catarros, Mal de garganta, Bron-
 quitis, Resfriados, Romadizos,
 de los Reumatismos, Dolores,
 Lumbagos, etc., 30 años del mejor
 éxito atestiguan la eficacia de este
 poderoso derivativo recomendado por
 los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores
 Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1820 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
 de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del Pecho y de los INTESTINOS.